Roberto Pérez-Franco

Catarsis



Cuentos

Viñeta

Catarsis

roberto pérez-franco

Catarsis

roberto.au

Catarsis
© Roberto Pérez-Franco, 2008

Primera edición, Boston, 2008
Segunda edición, Melbourne, 2026

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons
Atribución-SinDerivadas (CC BY-ND).

Los nombres de las secciones de este libro se derivan del idioma ficticio Quenya, creado por el escritor y filólogo inglés J. R. R. Tolkien (1892–1973).

Edición digital compuesta a partir de `roberto.au`.

a Mónica y Sara Judit, sol y luna llena

Quenta Minya

(Cuentos primeros)

La profecía

a Pedro Rivera

Quichireya, el más venerable de los brujos cueva, a quien la leyenda presume inmortal, inhala el humo de la hierba. El ojo de su mente se abre y ve la danza del dios.

Todo lo que fue, es y será aparece ante este ojo. El cacique pregunta lo que concierne a su gobierno. Cuando termina, el oráculo queda al servicio de su mujer.

—¿Qué forma tiene el mundo? —inquiere ella.

La verdad le es mostrada:

—El mundo es un mar infinito —responde Quichireya— y, en medio de este, hay una porción de tierra emergida, con la forma de un jaguar color jade.

El pecho de la reina cueva se agita.

—¿Cuántos soles perdurará nuestro dominio?

El brujo, en éxtasis, sentencia:

—Se secará el mar infinito antes de que se extinga la nobleza de tu estirpe.

La reina vuelve a sonreír. Se yergue y camina hacia el gran rancho, dejando tras de sí el rumor de los caracoles que cuelgan de su tobillo.

El brujo la sigue con la mirada.

En el horizonte de azur, que ningún ojo otea, las carabelas de Bastidas[1] aparecen sobre las olas, entre la bruma, con la cruz y la espada.

Viene a secar el mar...

2006

[1] Rodrigo de Bastidas, navegante español, primer europeo en llegar a las costas de lo que hoy es el istmo de Panamá (1501).

Amigos

a Jack London

«Creo que he visto el infierno
... es blanco como la nieve»

— Sandy Welch

Ya me había resignado a la proximidad de mi muerte, cuando distinguí la figura enorme de Peluche tras la blanca confusión de la borrasca. Caminé hacia él. Noté que había perdido mucho peso, pero aún lucía impresionante. Su salvaje belleza me infundió remordimiento, y me sentí culpable. Acaricié su hocico; él olfateó mi rostro. Al rato nos echamos juntos sobre la nieve, exhaustos. Un promontorio cercano nos protegía del azote brutal de la ventisca. El sol aparecía poco y breve, tras las heladas ráfagas de niebla. Pensé que solo el prodigioso olfato del oso explicaba nuestro encuentro en la desolación polar. Peluche conocía mi olor desde cachorro.

Ignoro si su instinto habrá resentido la ausencia de individuos de su especie, ya extinta. De los doce embriones que preparamos en el Instituto, solo él sobrevivió. Creció majestuoso, pero condenado a la soledad. El cautiverio se convirtió en su tormento. Aunque ahora me arrepiento, creí procurar su bien cuando pedí al director liberarlo en el Ártico, donde sus antepasados alguna vez reinaron. Tenían razón quienes argumentaron que el cambio climático había destruido el ecosistema y que él no encontraría presas. Supongo que accedieron a mi petición solo porque el proyecto de traer la especie de vuelta ya era un fracaso, y sospechaban que Peluche deseaba la libertad más que la vida. Vagando consumió sus reservas de grasa. Yo agoté mis raciones de alimento,

siguiéndolo desde lejos, impotente ante la tragedia. Al morir la batería del radio, perdí la última esperanza de un rescate.

Desamparados, pero juntos, esperamos sobre el hielo a la muerte, que vendría pronto con el hambre y el frío.

—Este no era el final que deseaba para ti, amigo —le dije, acariciando su gran cabeza blanca—, y ahora tendré que verte morir a mi lado.

Sus negros ojos, entreabiertos y salpicados de nieve, me miraron. Moviéndome muy cauto, y sin dejar de acariciarlo, saqué el puñal de la mochila. Mi corazón suplicó: «Perdóname». Pero la disculpa era innecesaria; él me entendía perfectamente. Lo supe cuando sentí crujir mi cuello; cuando sus colmillos, lentamente, se hundieron en mi carne. No sentí dolor, solo la tibieza de la sangre y su aliento sobre mi rostro.

2006

La máscara de diablico

a Miguel Leguízamo

Pero ninguna como la que hizo Julito. Pregúnteles a los viejos. La madrugada del Viernes Santo salió con la fresca a buscar la tierra. En un hormiguero la encontró suave y húmeda. Amasó la arcilla todo el día. De noche, con una guaricha[2], le dio forma ahí en el monte. Le hizo hocico, ojos, orejas, cachos. La dejó secando al sol hasta el día de la Encarnación. Dicen que el día de la Cruz —a escondidas— la forró en papel mojado en agua bendita, y la pintó exquisita con el color de la sangre. En Corpus Christi, la máscara de este diablico[3] esparció el pánico. Viejas cayeron al suelo. Niños huyeron llorando hacia los potreros. Hombres mirando desde las puertas de las cantinas orinaron sus pantalones. El padre Conde le echó agua bendita. Juran las beatas que hirvió al contacto: «Esta es la cara de *Bel Cebú*». Todavía hablan de esa máscara en La Villa. Dicen que el Diablo mismo la moldeó a su imagen aquella noche en el monte, guiando las manos de Julito, cuando se apagó la luz de la guaricha.

2007

[2] *guaricha*: lámpara pequeña de kerosín.
[3] *diablico*: persona disfrazada de diablo en una festividad.

Un segundo

a Emiliani

Koshi es un perro de raza. Él no lo sabe, pero vive en una metrópolis del primer mundo: Tokio tal vez, o Nueva York. El apartamento de su dueño, Ken, tiene ventanas amplias desde donde Koshi mira las luces de los rascacielos en la noche. Está siempre rodeado de juguetes: peluches que pitan cuando los muerde, huesos sintéticos y pelotas de colores llamativos. Ayer fue la visita de Koshi al doctor. Ken le puso una camisita de diseñador, una réplica en miniatura de la misma camisa que él llevaba puesta. El veterinario le diagnosticó obesidad y ordenó un cambio de dieta y más ejercicios. Ken lo llevó esa misma tarde a un 'spa' especial para perros, donde recibió masajes y se ejercitó en la piscina. Le tiraban una pelota y él se echaba al agua para traerla de vuelta nadando. Al final del día, como premio a su esfuerzo, Ken le compró la cena en el restaurante de sushi del local: un plato de langostinos apanados, que Koshi devoró en pocos bocados.

Tobe es un niño huérfano. Él no lo sabe, pero vive en un campamento de refugiados en algún país de tercer mundo: en África tal vez, o en Latinoamérica. Su madre murió en el parto y al padre lo mató la guerrilla. Tobe no ha tenido nunca un juguete. La tienda de campaña donde languidece todo el día es sofocante: siempre huele a heces y a muerte. Ayer fue la visita del médico al campamento. Lo acompañaron una enfermera, un auxiliar y un camarógrafo. Tras siete horas de espera, durante las cuales el doctor atendió a cientos de refugiados, llegó el turno de Tobe. El médico lo examinó y rápidamente verificó que la desnutrición severa era la causa de la barriga hinchada, la caída del cabello, las llagas en la piel y la incipiente ceguera. La enfermera, reprimiendo una lágrima, amarró una cinta roja en la muñeca de Tobe, que le daría derecho

por unas semanas a un suplemento vitamínico y una ración algo mayor de comida. Durante la noche, mientras Tobe dormía, una mujer le robó la cinta roja y se la puso al menor de sus cinco hijos. Tobe, que no se daba cuenta de casi nada, pasó los días siguientes sin comer mayor cosa, con la mirada perdida en el resplandor borroso que se filtraba bajo la tienda de campaña.

Algún tiempo después los tres, Koshi, Ken y Tobe, coincidieron en el tiempo y el espacio, por un segundo. Regresando del trabajo, Ken se echó en el sofá frente al televisor, con una bolsa de galletas de chocolate. Koshi, sobre sus piernas, se deleitaba con los pitidos de su más reciente juguete, regalo de esa tarde. El control remoto cambiaba los canales rápidamente, sin mayor interés, hasta que apareció Tobe en la pantalla frente a ellos. Sobre el rostro sucio, las moscas se paseaban impunes; se agrupaban en los ojos blanquecinos y en las costras de arroz viejo pegadas a las comisuras de la boca. Abajo se mostraba el nombre de alguna fundación de ayuda a los refugiados, y un número de teléfono para donaciones. Los ojos de Ken, fijos en el televisor, parecieron perderse un instante en la imagen de Tobe. El pulgar regresó, casi por reflejo, al canal anterior: un programa sobre fiestas de cumpleaños para perros. Ken volvió a sonreír, y mordió una galleta de chocolate.

– Vamos a hacerte una fiesta como esa para tu cumpleaños – le dijo.

Dos semanas después, Koshi enterraba el hocico goloso en un pastel relleno de paté. ¡Sus bigotes se llenaron de merengue! Dos mundos más abajo, distante en el espacio, pero en el mismo tiempo, el cuerpo de Tobe, cubierto todavía de moscas, ya comenzaba a heder.

2006

El tradebario

a Milcíades Pinzón Rodríguez

Tras unos compases enmohecidos de algún Capricho de Paganini, el profesor baja el violín y le da un segundo vistazo, con cierto desdén.

—Es una copia —sentencia— de cierto valor, pero copia al fin. Le doy quinientos pesos, porque hoy ando de buen humor, pero no más. Honestamente, no creo que valga tanto, pero usted es un buen hombre y ha venido de tan lejos...

El campesino, incrédulo al principio, triste luego, no responde. Le hace falta el dinero, pero la oferta es nada comparada con lo que esperaba obtener. Viajó un día entero a caballo desde su rancho en El Bijao hasta el puerto de Mensabé, y luego tres más en barco hasta la capital, gastando buena parte de sus ahorros, con la ilusión de hacer fortuna vendiendo el instrumento.

Un médico amigo suyo, educado en Europa, lo había oído en una fiesta del pueblo. Intrigado por la pureza del sonido, inspeccionó el violín. Supo que era herencia del abuelo, un viejo rubio a quien llamaban Beto Fonjáez, pero que firmaba Herbert von Hausen. «Este violín parece ser un Stradivarius —había dicho el doctor—; y si lo es, vale más que todas estas tierras con sus dueños».

El campesino reflexiona ante el fallo del profesor y pregunta malicioso:

—¿Cómo sabe usté que no es un tradebario[4]?

Algo reticente, le responde:

---

[4] *tradebario*: deformación de *Stradivarius*.

—El ojo experto ve mil pequeños detalles: el tono del barniz, el tallado de la voluta, la forma de los huecos, la resonancia de la caja, hasta la densidad de la madera. ¡Hombre, si no me cree, vaya a que otro experto lo avalúe y ya está!

Sin rumbo, el campesino vaga toda la tarde por las calles de San Felipe. Se echa en una esquina y toca alguna cumbia nostálgica. No falta quien le tire un cuartillo, creyéndolo mendigo. Al amanecer, desilusionado y hambriento, regresa. El profesor estaría de mal humor, pues solo le da trescientos pesos y un sermón.

—Le estoy haciendo un favor. ¡No se los gaste en aguardiente!

Esa tarde se cruzan en el muelle. El campesino, borracho ya, no lo ve siquiera cuando sube al barco de regreso a su pueblo. El profesor, que pretende no reconocerlo, baja del carruaje con un baúl y un maletín, y aborda un vapor de cierto lujo, para realizar una diligencia de impromptu. Tres semanas de viaje y trasbordos lo llevarán a Nueva York. A tiempo —si Dios quiere— para la subasta de Stradivari en Sotheby's.

2006

La presa

a Jean Auel

En el matorral, enredada entre madroños, está la presa. Escucho sus gruñidos cortos y el estremecer agitado de las ramas. Creo que no me ha olido, pues avanzo hacia ella contra el viento; sé que no me ha visto todavía. Tal vez se presiente vulnerable, atascada entre las espinas. Tal vez su corazón late furioso, como el mío.

Hace frío. La nieve cubre los vellos de mis brazos. El vapor de mi boca me hace pensar en lo duro que será este invierno. Queda poca luz, acaso una luna más. Hemos comido poco y temo que, si la caza no mejora, esta noche larga será la última. Otros cazadores de mi clan, al otro lado del río, deben estar ahora acechando a un grupo de ciervos que descubrieron en la madrugada.

Pero los ciervos son rápidos; nosotros, débiles, por el hambre. Mi pulso se desboca nuevamente, pues la presa se ha quedado quieta, tal vez cansada, o porque me ha sentido cerca. Nuestra esperanza está cautiva entre la maleza. Me levanto, con la lanza en la mano, sigiloso. Siento un tirón en mi hombro: el pelaje de mi abrigo se ha enredado en los abrojos. Al tratar de zafarme, hago ruido. El jabalí se estremece y temo que escapará.

Suelto la piel, y desnudo me abalanzo sobre la presa, arma en mano. El cerdo me ve venir hacia él y patea furioso. Mi lanza lo corta; de una coz me hiere el rostro. Escapa del matorral, con la carne viva, hacia el arroyo. Me toco el pómulo: los dedos se manchan de sangre. Lloro, pero no por el frío o por la cara rota, sino por haber dejado escapar a la presa.

Oigo pasos tras de mí. Me giro, y una lanza atraviesa mi vientre. Varios extraños, de pie frente a mí, sonríen cuando grito. Algunos se van a perseguir al jabalí. Dos se quedan. Son más altos que nosotros, con rostros pintados

y menos pelo en el cuerpo. Hablan en una lengua que no conozco. El más fuerte saca una piedra larga y filosa, que mete en mi pecho. Miro al cielo. La luna creciente brilla pálidamente entre las nubes. Aún es de día, pero ya siento que llega la noche.

2006

La flor de la adelfa

«caer como pétalos de una flor,
ese era nuestro destino»

— Sunao Tsuboi

Despertó y supo que estaba sonriendo. Tendido sobre la hierba, abrió los ojos: la adelfa sobre su cabeza dejaba ver trozos de cielo entre los gajos de flores. Miró a su lado y ahí estaba ella, acurrucada sobre el pasto, como si durmiese, pero con los ojos sobre él. También sonreía, y en sus labios aún enrojecidos había una expresión de amor e incertidumbre.

—¿Me quieres? —preguntó él, sabiendo la respuesta.

El kimono entreabierto dejaba ver nuevamente sus hombros de porcelana. En el cabello suelto habían quedado atrapadas unas flores sueltas. El suelo estaba cubierto de ellas. Él le acarició la frente y tomó una florecilla rosa.

—¿Sabes qué me gusta de esta flor?

Pero ella callaba.

—Que me recuerda a ti.

Ella sonrió y bajó la mirada. Akihiro oyó entonces un leve zumbido —¿acaso una abeja en la copa florida?— y luego un silbido agudo. Miró hacia el pueblo cercano, Hiroshima, y un resplandor súbito lo inundó todo.

No escuchó nada. No sintió nada. Las cenizas cubrieron las llanuras quemadas.

2006

El Circo

a Shirley Jackson

De la mano de mi abuelo, entré en la gran carpa. La fila, que había avanzado lenta, se hacía fluida al cruzar el umbral del Circo. Caminando hacia nuestros puestos, a la izquierda, me llamaron la atención el techo inmenso, iluminado y cruzado de cables, y un vago olor, desagradable pero familiar.

Grandes reflectores paseaban sus columnas de luz en la atmósfera polvorienta. Algunos malabaristas, arrojando antorchas y cuchillos, entretenían al público que tomaba asiento.

Las luces se enfocaron en el centro de la pista principal. Un hombre vestido de negro, con un bastón plateado y un micrófono, nos dio la bienvenida a la presentación anual del Circo. La intensidad de los aplausos me hizo sentir por primera vez la certeza de que miles de personas estaban ahí, físicamente, en torno a aquel punto.

—Pronto disfrutaremos de la alegría y la novedad del espectáculo que hemos preparado para este año —dijo el presentador—; pero primero, como es tradición, debemos comenzar con el evento más importante: la jaula.

Sentí que mi abuelo apretó mi mano y luego la soltó para aplaudir igual que todos. Las luces se enfocaron en una segunda pista, donde —en una esfera, de unos diez metros de diámetro, hecha de malla metálica— un motociclista daba vueltas ferozmente.

—Ese es tu hermano —susurró mi abuelo en mi oído.

La moto giraba en la jaula, en torno a su ecuador, y luego surcando los meridianos, como si no existiese la gravedad. El público aplaudía. Yo me sentí emocionado. No recordaba bien a mi hermano. Hacía mucho tiempo que no vivía con nosotros. Que estaba en el Circo, es lo que me habían dicho. Y

ahora lo veía, efectivamente, con su casco dorado, desafiando la física en esa bola de hierro.

En cierto momento, la motocicleta se detuvo y el público guardó silencio. El hombre del bastón plateado dijo:

—¿Dónde está el joven?

Las columnas de luz giraron. Quedé ciego por el resplandor. Me tomó un instante entender que las lámparas estaban sobre mí. Sentí la mano de mi abuelo posarse sobre mi espalda y empujarme suavemente para que diese un paso adelante.

Una mujer, con un traje diminuto de lentejuelas y una estrella en la frente, vino a tomarme de la mano y me llevó, en medio de aplausos, hasta la segunda pista. Abrió una puerta y me introdujo en la jaula. Vi el rostro de mi hermano, pálido y sudoroso, tras la visera del casco. La mujer abrió un cofre y sacó un sable. Me lo pasó, a través de un hueco en la jaula, y me indicó con un gesto leve que se lo entregase a mi hermano. Cuando él lo tomó, noté que su mano derecha estaba encadenada al timón mediante una especie de esposa de oro.

La motocicleta arrancó y comenzó a correr por las paredes de la jaula. Las columnas de luz oscilaban en torno a nosotros. Promoviendo el aplauso de la audiencia, la mujer de las lentejuelas caminaba sobre el borde de la pista con los brazos en el aire. El presentador seguía hablando en el micrófono. Traté de ubicar a mi abuelo entre el público, pero las luces no me dejaban ver más allá de la vaga nube de polvo.

De pie en el nadir de la esfera, sentí que había algo familiar en esta escena. Ya había visto antes la estela de chispas brotando del sable al chocar con la malla metálica. Ya había escuchado el clamor del público, ahogando el rugido del motor. La motocicleta giraba a mi alrededor, y el sable extendido hacia el centro varias veces pasó cerca de mi cuello. Pero no sentí miedo.

El aplauso se fue apagando, y un creciente abucheo lo reemplazó. La motocicleta se detuvo y mi hermano arrojó el casco. El hombre del micrófono tosió, como para aclarar la garganta, y dijo:

—Que así sea.

La chica de las lentejuelas entró en la jaula, giró sobre sus tacones altos, tomó el sable de la mano pálida de mi hermano, y lo decapitó. El público

volvió a aplaudir cuando ella alzó la cabeza. Tres enanos sacaron de la jaula la motocicleta y el cuerpo de mi hermano.

—Mi nombre es Estela —me dijo la mujer, con una hermosa sonrisa, mientras limpiaba con su mano tibia algunas gotas de sangre que habían caído sobre mi rostro.

Tomó mi brazo y colocó con cuidado una pequeña esposa de oro en mi muñeca. Tenía el logotipo del Circo grabado en el costado.

Cuando las luces migraron hacia la pista principal, el hombre del bastón anunció grandilocuente el inicio del espectáculo de este año. Una fila de elefantes, montados por mujeres con penachos azules, y seguidos de una caterva de payasos, inundó la pista. En la tercera fila, al lado de una pareja joven con varios niños que aplaudían alborozados, distinguí a mi abuelo. Reía, tal vez demasiado fuerte, de las payasadas. No sé si era sudor, pero me pareció ver una gota en su mejilla. Recordé el olor familiar que había sentido al entrar a la carpa. Era de sangre.

2006

El hallazgo

a Ariel Barría Alvarado

Cuando abrimos la puerta trasera de la camioneta, ahí estaban: paquetes encima de paquetes, envueltos en plástico y cinta adhesiva. El conductor saltó de la camioneta y trató de escapar, pero los compañeros del otro patrulla lo persiguieron y le dispararon cuando rehusó detenerse. Mientras los transeúntes observaban boquiabiertos al tipo muriéndose en el asfalto, yo estaba paralizado por la enorme cantidad de droga que había frente a mí en el furgón.

—Dios mío.

Estimé al ojo como tonelada y media de la buena. Luego el director de la Policía anunció el peso oficial: 1615 kilos de cocaína pura. Nos felicitaron en el cuartel, y nos tomaron una foto dándole la mano al director, con el estandarte del Departamento en el fondo.

—Oficiales ejemplares —dijo alguien.

Yo no estaba siquiera pensando claramente, poseído por la magnitud del hallazgo.

Esa noche, en cama con mi esposa, todavía tenía las malditas bolsas en la cabeza.

—Estás temblando —me dijo mi esposa—. ¿Qué te pasa?

No pude decirle. No dormí ni un minuto, los ojos abiertos toda la noche, mirando a mi esposa, a la bebé durmiendo en la cuna, al crucifijo colgando en las miserables paredes de la miserable casa en la que vivíamos, y que todavía no había terminado de pagar, poniendo mi vida en peligro cada día.

—Tremendo golpe de suerte ayer, ¿ah? —me dijo Paco cuando entré en el patrulla el día siguiente.

Lo miré a la cara y vi que hablaba en serio. Paco tenía los ojos rojos, y el aliento hediondo a licor barato. Seguro había estado toda la noche despierto, bebiéndose los cien dólares que el Departamento nos había dado como recompensa por la gran cantidad de droga confiscada. Se veía sinceramente feliz con todo el asunto. Me pareció que Paco lo veía como una gran cosa, beneficiosa para su carrera y una buena oportunidad para invitar a sus pasieros[5] a tomarse unos tragos gratis.

—¿La pasaste bien anoche? —le pregunté, sarcástico.

—¡Del carajo![6] —me respondió.

—¿Guaro con los pelaos[7] y pindín[8] con las guiales[9]?

Sorprendido por mi tono, me espetó:

—¿Y ahora qué chucha te pasa[10], *brother*?

—Paco... —le dije, sacudiendo la cabeza—. No tienes ni puta idea[11] de lo que hicimos ayer.

—¡Nuestro trabajo! —respondió, con sorpresa.

—Eso es demasiada coca, Paco. Demasiada. No se supone que seamos tan buenos. A algún monogordo[12] le está faltando tonelada y media de cocaína, y te aseguro que ese cabrón no está feliz con nosotros.

Paco se había puesto sobrio de pronto, y ya no sonreía.

—¿No viste ayer por casualidad un carro pasar despacito frente a tu casa, más de una vez?

Me miró, como tratando de recordar. De pronto, abrió grande los ojos.

—Puta madre.[13] Me cago... me cago en la...

Bajó la cabeza, apretando los dedos sobre la cara, como arañándose los ojos.

---

[5] *pasiero*: amigo muy cercano y de confianza.
[6] *pasarla del carajo*: divertirse mucho.
[7] *pelao*: aquí, amigo de mucha confianza.
[8] *pindín*: baile con música típica panameña.
[9] *guial*: muchacha, mujer joven.
[10] vulgarismo enfático por «qué te pasa».
[11] *no tener ni puta idea*: no tener la menor idea.
[12] *monogordo*: criminal o persona corrupta de alto rango.
[13] exclamación de asombro.

—¿Crees que saben dónde vivo?

No pude responderle. Pero sentí que no hacía falta.

—Estamos muertos, compañero, estamos listos —gimió Paco, descontrolado.

—Cálmate. Solo tenemos que ser más cuidadosos de ahora en adelante. Mantén los ojos bien abiertos y no confíes en nadie. ¿Estamos claro? En nadie. Todo va a estar bien.

—¿Estás seguro? —me preguntó, con lágrimas en las mejillas.

Miré por la ventana. En un patrulla que pasó de largo, un policía con lentes oscuros bajó el vidrio, y levantó la mano, como saludándonos. Solté el broche del revólver, y revisé el tambor: seis balas color bronce dormían en el carrusel frío. Sonó el breve chasquido de un martillo.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntar Paco, más tranquilo.

Pero ya no pude mentirle más.

2008

Epifanía

a Augusto Monterroso

Le asaltó la sensación —o quizás el recuerdo— de un abrazo y una voz lejana, en el silencio. Parpadeó asustado, ignorando que seguía muerto.

2006

Riesgo

«Todo está perdido – medita en silencio. – Si no toda Europa, al menos la mayor parte de los reinos cristianos. Con Alemania y Austria ocupadas, Francia no tardará en caer, y tras ella seguirá Inglaterra».

– Deme su decisión ya, General – dice la voz cruda. – No me temblará el pulso; aniquilaré a millones.

– Necesito más tiempo.

La cabeza del enemigo se agita, y el brazo se alza amenazante.

La madre se asoma en la puerta; los llama a cenar.

– No crea que se ha salvado, General – espeta el enemigo.

Una sonrisa maliciosa se cierne sobre el tablero.

2006

Quenta Nossë

(Cuentos de familia)

Maldad

a mi hermana

Chino, mi único hermano, es tres años mayor que yo. Dice mi mamá que Chino no es tonto, sino un poco necio y duro de cabeza. Es un buen niño, según la opinión de mamá. Tal vez lo es con ella, o al menos ante sus ojos, pero con otros – conmigo especialmente – siempre ha sido perverso. Recuerdo que, cuando cumplió ocho años, mis papás le regalaron una bicicleta. Paseó con ella unos días y, como era típico, se aburrió pronto. Pero nunca quiso prestármela.

– Viste, Chino, préstame la bici – le rogaba yo.

Mi madre le habría dicho algo, moviéndolo a compasión para convencerlo de prestármela, pero la última palabra la tenía él. Si decía 'no', era no y hasta ahí llegó el asunto. Mis padres no gustaban de contrariarlo. En mi caso, era lo opuesto. Si yo tenía un juguete nuevo, y Chino se antojaba de jugar con él, mi madre me diría como un rayo:

– Nena, préstale el juguetito a Chino. ¡No seas mala!

Mala yo, ¡imagínese! Cuando ponía mi cara de ¡fo!, mamá alzaba las cejas, como diciéndome en un lenguaje secreto: 'Recuerda que tu hermano es especial'. Así, yo cedía y Chino arrancaba a jugar con mi juguete nuevo, sin que yo pudiera siquiera estrenarlo. Invariablemente, me lo devolvería cuando le diera la gana, sucio y roto. Recibía yo los restos de mi regalo, lo que Chino había dejado, las piltrafas.

En cariño me llegaban las piltrafas también, o al menos eso sentía yo. Mi madre sólo tenía ojos para Chino: que cuidado se va para la calle, que ojo al Cristo que se quema con la estufa, que si Chino hizo esto, que si dijo lo otro... Y a mí, que me comiera el perro. Mi padre igual: cuando llegaba del trabajo,

cansado, me daría un beso en la cabeza y me haría alguna pregunta sobre la escuela. Sin escuchar la respuesta, se iría a preguntarle a mi mamá cómo le había ido a Chino en clase. Eso se lo podía responder yo. ¿Cómo le va a ir, hombre? ¡Pues mal!

Estábamos juntos en primer grado, yo adelantada un año y Chino atrasado dos, porque él, como he dicho, era 'un poco necio y duro de cabeza'. Estábamos en el mismo salón y teníamos la misma maestra. Ella, al igual que yo, verificó rápidamente cuán 'necio y duro de cabeza' era Chino. Más que duro, era hermético: no le entraba nada. Estaba enemistado a muerte con las letras y los números.

Recuerdo que una vez la maestra hizo una clase especial sobre los planetas. A cada alumno le regaló un confite por cada nombre que memorizaba. A mí me tuvo que dar nueve, pues me los aprendí todos: desde Mercurio hasta Plutón. A Chino sólo le dio un pedacito de melcocha, y eso al final de la clase, porque tras una mañana de esfuerzo lo más que logró fue que dijera 'jépete' en vez de 'Júpiter'.

Su hora favorita era el recreo, que aprovechaba para pelearse con los otros varones y para subirles las faldas a las niñas. Se portaba tan mal que una vez le pusieron una estrellita verde en la frente por el único mérito de no haberle subido la falda a ninguna esa mañana. Mis papás le celebraron esa estrella como si fuese la que anunció la llegada del Niño Dios. Ahora que lo pienso, él era en casa una especie de Niño Dios. Yo, por el contrario, era como el buey que ponen al lado del pesebre, que está ahí pero no hace mucho bulto: ya ni me decían nada por las estrellitas doradas que traía diariamente en la frente, por ser una santa en el salón y mantener calificaciones inmaculadas.

– Es que los varones son distintos a las niñas – decía mi madre. – ¡Son más activos!

Me resigné pronto a que Chino y yo éramos medidos con varas asimétricas. A lo que no me resigné nunca fue a que él me hiciera tantas maldades. En mi barrio le llamamos 'maldad' a las travesuras infantiles que buscan, por placer perverso, hacer daño a un semejante o a un animalito. Chino, que no podría definir la palabra, sacó desde temprano un doctorado en hacerme maldades de todo tipo.

– Chino, no le hagas maldades a tu hermanita – diría mi madre, sin mucho énfasis, cada vez que me veía venir llorando. – Déjala, que ella está tranquila con su muñeca...

Mi hermano, por supuesto, le hacía tanto caso como al reloj cucú que da la hora. Me pellizcaba los brazos, me escupía, me tiraba del pelo, decapitaba a mis muñecas, ¡en fin! Si hay algo ilimitado en el universo es el número y variedad de maldades que un niño 'un poco necio y duro de cabeza' puede hacerle a su hermanita menor. Parecía ir refinando el arte de molestarme, y dedicaba gran parte de su tiempo a hacerme la vida difícil.

El día que cumplió ocho años, cuando le regalaron la bicicleta, fue particularmente memorable en cuanto a las maldades: le arrancó las orejas a un perro de peluche rosado que me había regalado mi abuela Pita en navidad; me tiró un jabón en el ojo, mientras me bañaba; y después remató el golpe, arrojándome a la cara un pastelito de maíz congelado. ¡Y con qué puntería!

Recuerdo bien que eso ocurrió el día de su cumpleaños, porque mi llanto no surtió ningún efecto en mis padres. Él gozaba de una especie de inmunidad por ser el cumpleañero. También me acuerdo del día específico porque hicieron un sancocho grande para la fiesta, y mi mamá le pidió a mi papá comprar pollitos para repoblar el gallinero. Aunque otros días se trastocan en la neblina de la memoria, yo no confundo ese día de mi infancia con ningún otro: fue el día que juré solemnemente, ante las orejas mutiladas de mi peluche, vengar todas las maldades de Chino.

Mi papá trajo los pollitos esa tarde: doce bolitas de plumas amarillas. Chino los correteó en el patio a su gusto, tratando de pisarlos. Los pollitos corrían aleatoriamente bajo sus pies, evadiendo las zancadas con gran habilidad. Hasta que Chino pisó a uno. Creo que se arrepintió enseguida: con lágrimas en los ojos, lo vio retorcerse un poquito y después quedarse quieto. Ese llanto de culpa me hizo entender que había, tal vez, algo de bondad en su corazón.

Había otras cosas en su corazón; entre ellas, el egoísmo ocupaba un sitial eminente. Al atardecer, durante la celebración del cumpleaños, Chino fue el primero en golpear la piñata. Era una cabeza de payaso, con flecos de papel crespón y una mota de lana en el gorro. Chino le metió un palazo con todas sus fuerzas y la piñata, que mi padre había amarrado pobremente, se soltó

de la soga. Chino la apañó en el aire, y salió corriendo hasta su cuarto. Allí se quedó por media hora, comiéndose él solo los confites, hasta que la promesa de mi padre de una bolsa de caramelos para él solo lo convenció de liberar al rehén, que aún conservaba parte de su contenido.

El azúcar se le debió haber subido a la cabeza, porque Chino anduvo como loco hasta que un chico le dio su merecido. Le levantó la falda a la niña equivocada, creo yo, porque un niño (tal vez el hermano o el noviecito) vino y le metió un trompón en la boca a Chino, que lo hizo sangrar y caer de espaldas. Hasta ahí llegó la fiesta. Lo llevaron al hospital y le cosieron varios puntos en la parte interior del labio. Le untaron una pomada en el chichón de la cabeza y lo dejaron una noche en observación. Cuando supo que tenía que dormir en el hospital, rompió a llorar. Mis padres para consolarlo, le preguntaron:

– ¿Qué quieres para entretenerte?

A lo que Chino respondió: 'un pollito'. Mis padres fueron a la casa, y tomaron a uno de los once pollitos sobrevivientes y se lo trajeron a mi hermano. 'A éste lo va a matar también', pensé. Pero estaba equivocada. Creo que algo en su cabeza se descompuso (o se compuso) con el golpe en el suelo, porque agarró al pollito con una ternura inusitada y lo acarició por horas, hasta quedarse dormido.

Desde entonces ese pollo en particular fue su favorito. Cuando llegaba de la escuela, le daba agua y comida, lo acariciaba y le contaba cosas. Diría, a riesgo de sonar ridícula, que él lo consideraba su amigo. Hasta le puso un nombre, muy original por cierto, que nadie adivinaría en un millón de años: 'Pollito'. Ya sea por el golpe en la cabeza, o a propósito de esta nueva amistad, se dio un cambio en la personalidad de mi hermano: ya casi no peleaba en la escuela con los niños, y rara vez le alzaba las faldas a las niñas.

Sus maldades hacia mí, sin embargo, no disminuyeron. Mis padres se alegraron tanto por su recién adquirido comportamiento en la escuela, que le permitieron la libertad de seguirme molestando a mí en casa. Sin embargo, creo que no se preguntaron nunca la razón del cambio, y no conocieron – hasta donde sé – de la amistad de Chino con Pollito. De hecho, creo que nadie lo supo, excepto yo.

Mi hermano me aseguraba que era capaz de reconocer a Pollito entre todas las demás aves. Al principio pensé que era una más de sus locuras, pero con el tiempo me di cuenta de que ciertos rasgos eran diferentes entre los pollos y que mi hermano, en efecto, parecía siempre alimentar y acariciar al mismo individuo. Incluso cuando crecieron y se convirtieron en gallinas, Chino seguía reconociendo a Pollito entre las demás aves de corral. Pollito resultó ser una gallina, por cierto, y no un gallo como esperaba mi hermano, pero su afecto mutuo no disminuyó por el inesperado giro en los eventos.

Así estaban las cosas cuando llegó el siguiente cumpleaños de Chino, con la respectiva euforia en su ánimo. La abuela Pita vino de visita la noche anterior y nos trajo regalos. Me dio los míos inmediatamente, y guardó los de Chino para la fiesta del día siguiente. Entre mis regalos estaba otro peluche. Aunque lo escondí para que Chino no lo encontrara, de alguna manera logró dar con él y destrozarlo antes de irse a la escuela. Ese crimen fue el último insulto a mi dignidad, y recordé mi juramento.

Entonces mi cerebro de niña de seis años puso en marcha un plan maestro para ejecutar mi venganza. Comencé por fingir tos y debilidad, para convencer a mis padres de dejarme en casa descansando. Una vez que ellos se fueron a trabajar, y que Chino estaba en la escuela (tal vez tratando inútilmente de aprender el nombre de algún planeta que tuviese menos de tres sílabas), procedí con el segundo paso: engatusar a la abuela Pita. Llegué en mi camisón de florecitas hasta la cocina, donde ella – con delantal y todo – hacía los preparativos para la fiesta.

– ¿Cómo te sientes, Nena? – me preguntó la abuela Pita.

Le indiqué 'más o menos' con la manito que tenía desocupada. Para completar el cuadro, traía a rastras en la otra el peluche mutilado, que había sucumbido entre las manazas de Chino en su día de estreno. Mi abuela me alzó entre sus brazos y me dijo una serie de tonterías dulces en tono de puchero, de esas que la abuelazón, por motivos ignotos, hace creer a las viejitas que encantan a los niños. Le dije que tenía hambre, mientras me restregaba los ojitos con la mano y tosía.

– Te voy a hacer una sopita de pollo para que te sientas mejor – sentenció Pita.

Yo sonreí. Sacó de la despensa un paquete de sopa de pollo deshidratada.

– Esa no me gusta – dije, redoblando la tos.

La abuela se detuvo un momento, como meditando. Yo esperé pacientemente. Ella miró por la ventana hacia el patio, y el rostro se le iluminó cuando vio el gallinero. Me dijo que la esperara un momento en la cocina y se fue con un cuchillo. Por supuesto, salí detrás de ella. Creo que la emoción hizo que me olvidara de toser mientras corría, con peluche y todo, hacia el patio.

La abuela Pita tenía buena intención, pero malos reflejos, y le faltaban fuerzas. El gallinero es grande y por varios minutos trató en vano de capturar alguna gallina, pero éstas ágilmente esquivaban sus manos. Todas estaban entrenadas en las artes del escapismo, acostumbradas al acoso de Chino. Todas, excepto una: Pollito, que siendo la favorita del demonio, no había tenido nunca que correr por su vida. Hasta ahora.

– Agarra esa de allá, güelita Pita, que está quieta – le dije.

– ¿Cuál, m'ija? – preguntó inocente, con el rostro sudado y luchando por respirar.

Se la señalé con el dedito y tosí un par de veces para darle gravedad al momento. Ella la divisó, y saltándole por detrás logró agarrarla por el rabo. La trajo colgando de cabeza hacia la cocina. Sacó una olla grande, y puso a hervir agua. Yo miraba, desde la puerta, el bullir del agua sobre la estufa, y el parpadeo paciente del ave sobre el piso.

– Vaya a acostarse, m'ija, para que se mejore rápido – insistió ella.

Cuando llegó mi mamá, la abuela le dijo que había preparado sancocho para el almuerzo, porque 'la sopita de pollo es buena para el resfriado y Nena sigue con la tos'. Mi mamá, que venía cargada de paquetes y con una piñata para el cumpleaños, asintió con la cabeza y no le dio importancia al asunto. Chino llegó tras ella, y dejó la mochila con los cuadernos tirada en el pasillo: se fue directo a mi cuarto a molestarme. Me pareció que sintió algo de pena por mí (él también creía que estaba enferma), y me asaltó el remordimiento. Pero luego, para alivio de mi conciencia, comenzó a hacerme maldades. Yo tosí, estoica, y le comenté de soslayo:

– ¿Sabes qué hizo güelita Pita para el almuerzo?

Él alzó los hombros, como diciendo 'y a mí qué diablos me importa', y siguió molestándome con insistencia de zagaño.

– Hizo sopa de pollito – rematé.

Un poco necio y duro de cabeza, dice mi madre. Medio minuto tardó Chino en comprender la indirecta. Yo había dicho 'sopa de pollito', en vez de 'sopita de pollo' como decía la abuela. Súbitamente, Chino abrió los ojos, levantó las cejas y salió corriendo hacia el patio. Desde el cuarto escuché la rabieta que formó. Yo, abrazando mi peluche roto, tosí tiernamente con la cabeza sobre la almohada.

2006

El día de las moscas

a García Márquez

«oí a una mosca zumbar cuando morí»

— Emily Dickinson

Cuando la tercera mosca cayó en su taza de café, Ceferino se decidió a romper finalmente el silencio.

—Ya no se aguantan las moscas en esta casa.

Aunque habló en el mismo tono cortante que había venido usando por años, le pareció notar algo nuevo en su propia voz. El trío de moscas seguía girando sobre la espiral de espuma, batiendo sus patitas negras como un diminuto ballet fúnebre. Ceferino repasó en su mente el sonido de sus palabras. No había hablado en meses, desde la última pelea con su mujer. Tal vez la falta de ejercicio de sus cuerdas vocales las había atrofiado.

Licha siguió impávida, desayunando frente a él sin prestarle atención. Ni el más pequeño cambio en su expresión contrariada acusaba recibo del comentario. «Se habrá quedado sorda la vieja», pensó el marido, contemplándola con ojos torvos. Ella arrancaba un pedacito de pan tostado, lo restregaba contra la yema del huevo frito y se lo llevaba a la boca. Masticaba repetidamente cada bocado, mirando el reloj de péndulo de la pared, ignorando al marido como lo había venido haciendo desde hacía mucho.

Ceferino revisó el termo de café: estaba vacío. Así que tomó el tenedor con el que se había servido su mujer el huevo, lo limpió con la servilleta y sacó una a una las tres moscas de su taza. Ese era su desayuno: una taza de café con leche. Su mujer se había preparado, como todos los días, un huevo frito, varias tiras

de tocino, dos tostadas y unos cortes de queso fresco. Pero él solo tenía un café, y hasta el mediodía no probaba bocado. Así de triste, pensó, era su vida.

Licha vio a su marido poner las moscas empapadas sobre el mantel. Con el mismo esfuerzo hubiera podido ponerlas sobre la servilleta que tenía junto al plato. O en el plato del café. O en el basurero. Pero no. Lo vio colocar el tenedor, sucio de moscas, en el plato de ella. La cortesía básica requería que él buscara un tenedor limpio, pensó ella, o que como mínimo fregara este antes de devolvérselo. Pero no. Ahí quedó el tenedor *mosqueado*, chorreando aquel líquido impuro al lado de su tocino.

La mujer lo miró de reojo y se deleitó en la cara de asco que puso Ceferino al bajar el café maculado. Esa mañana, ella estuvo tentada a freírle un huevo y hacerle unas tostadas, como ofrenda de paz, y a dejárselas en un plato junto al café, para que el asunto se explicara por sí solo. Pero se resistió, pues sintió que él no se lo merecía, entre otras cosas, porque no le dio los buenos días cuando llegó a la cocina. Es cierto: hacía ya meses que no se hablaban, pero eso no era excusa. Ella, por supuesto, tampoco se los dio a él. Pero él fue el causante de la pelea, y debía por tanto tender el puente primero. Estuvo nuevamente tentada a ceder cuando Ceferino se quejó de las moscas en el café. Pero había una aspereza en su tono de voz que hizo a Licha tomar el comentario como un reproche, por lo que decidió seguir castigándolo con el silencio.

Ya ninguno de los dos recordaba cuándo ni por qué habían dejado de hablarse. Ceferino tenía en la memoria la impresión vaga de una rabieta relacionada con la vecina, y un periódico enrollado que vino volando desde la mecedora hasta su cabeza. Licha, que durante los primeros años llevaba minuciosamente la contabilidad de las afrentas recibidas, había cambiado de pasatiempo cuando los hijos se casaron y se fueron, dejándolos a los dos solos en su pequeño infierno privado, y ahora dedicaba la poca memoria que le dejaron los años a aprender nudos de macramé. Esa mañana, buscando fuerzas para sobreponerse a la tentación de hacerle desayuno a su marido, trató de recordar el incidente, pero fue en vano. Era una cuenta indistinguible en el rosario de sus discusiones.

Sentados en la sala, sin hablar una palabra, se les pasó la mañana: la vieja en la mecedora, tejiendo algo para un nieto, el viejo en el sofá, leyendo un

periódico de otro día. Las moscas se paseaban entre ellos, y caminaban sobre sus rostros, pero ambos las ignoraban. Cuando los ruidos de su estómago avisaron a Ceferino que se acercaba el mediodía, y como no viese movimientos en la estufa, le echó a su mujer una mirada de cejas altas. Licha la sintió caer sobre su nuca (pues se sentaba de espaldas al marido), y se hizo la desentendida. El viejo siguió mirando con insistencia, hasta que a ella se le erizaron los cabellos por la ira. Con calma, terminó los nudos del tejido, guardó en la canasta los hilos, y se levantó de la mecedora. Sacó de la despensa una lata de sardinas y puso unos panes en la tostadora. Abrió la lata y echó todo en un plato.

Cuando su esposa se sentó nuevamente a tejer, Ceferino entendió que aquello era lo único que habría en la casa para el almuerzo. La calidad y cantidad de la comida habían venido empeorando desde hacía años, pero cayeron en picada tras la última reyerta. En un día bueno, comerían arroz blanco con sopa de paquete. En un día como este, sin embargo, sardinas y pan recalentado era lo que tenía. El viejo se puso de pie y se acercó a la mesa. A unos pasos se detuvo y contempló los trozos fríos de sardina y los panes quemados. Normalmente se los habría comido, rezongando entre dientes. Pero hoy no: las moscas habían llegado primero. Sobre el pellejo metálico de las sardinas, los bichitos negros se agrupaban por docenas, caminando unos sobre otros, lamiendo la salsa de tomate y la carne expuesta.

—Hoy es el día de las moscas, carajo —se quejó el viejo.

Licha no respondió nada. Siguió tejiendo en la mecedora. Era la segunda vez que su marido hablaba, pero lejos de sonar como una disculpa, el comentario también era —o al menos podía interpretarse como— un reproche contra el aseo de la casa. Atacar el aseo, que era su responsabilidad según el esquema machista en el que habían crecido, era atacarla a ella. Así funcionaba el asunto. Despreciar la comida, que también era su responsabilidad, era sinónimo de despreciarla a ella. Sus labios se apretaron en una mueca de amargura, que el marido no vio.

Ella escuchó, sin voltear, el sonido de la puerta cerrándose. Las moscas no eran su culpa, se lamentó: habían llegado con la primera lluvia, heraldos macabros del invierno cercano, y se habían quedado en las cocinas de todas las casas del pueblo. Pero así era Ceferino, culpándola a ella de todo.

Cuando regresó Ceferino, con una bolsa de papel en la mano, ella supo que había ido a comprar comida donde la vecina. Entonces recordó, como una epifanía, la razón de la pelea. Aquella vez, hacía unos tres meses, ella se quedó dormida en la mecedora y no preparó el almuerzo. El marido (¡el muy sinvergüenza!) se fue a comprar comida donde la *otra*. Eso, en la aritmética de aquella guerra fría, equivalía a una traición tan grande como si el viejo hubiera sido sorprendido con la susodicha en el lecho nupcial. Tras el largo castigo, el descarado no solo no aprendió la lección, sino que reincidió con la mano en la cintura, pensó Licha. ¡Y ahora se sentaba a comerse el manjar pecaminoso en su mesa matrimonial, bajo sus narices!

La vieja se puso de pie, sobresaltada. Ceferino, que había empezado a comer a pesar de las moscas, se asustó por el brinco de su esposa. Pensó que le había dado un ataque, hasta que le vio en la cara la expresión, muy conocida, de furia femenina. El marido había comprado solo un plato de comida, el suyo. Cuando vio a su esposa con la palidez del hambre en el rostro, lo asaltó el remordimiento, el cual se sacudió pronto con un pensamiento abrupto: «Si no quiere cocinar, que se joda». Espantándose las moscas, comía apresuradamente. La esposa lo miraba con la frente iracunda y el semblante congestionado. «¡Mmm!», murmuró él, como saboreándose, y los cabellos de la esposa se volvieron a erizar.

—¿No te molestan las moscas? —preguntó la mujer.

El marido no reparó en el detalle crucial de que su mujer había hablado por primera vez desde la pelea, si bien casi involuntariamente y movida por el asco; por lo que perdió esta oportunidad magnífica para empezar a reparar el famoso puente, al ripostar enseguida:

—¿Molestarme? ¡Me arrullan!

Licha tomó aquello como la última afrenta que su dignidad podría soportar jamás y juró por Poseidón no pronunciar otra palabra en su vida. Se sentó al otro lado de la mesa, sin mirar al esposo, y haló hacia sí el plato con las sardinas y el pan quemado. Al menos cien moscas levantaron el vuelo, pero se volvieron a posar prontas sobre el plato. La mujer se quejó con un mascullar indefinible, suficientemente vago para no romper su recién renovado voto

de silencio, pero con el énfasis necesario para desahogar la frustración que le causaban las moscas.

—Te dije que había que comprar papel engomado —disparó el viejo.

En efecto. Fue el día de la pelea. Las moscas entonces apenas empezaban a llegar al pueblo. Pero Licha se opuso. El problema con el papel engomado —y con casi todo lo demás en su matrimonio— no era de fondo sino de forma. Si el marido hubiese dicho: «Mi amor, a pesar de que tú mantienes la casa prístina, estas moscas siguen molestando», entonces el papel hubiera estado ese mismo día en la mesa. Pero como él, con su tono de reproche, le había espetado: «Hay que comprar papel engomado», a ella no le quedó más remedio, para defender su dignidad, que negarse de plano.

La mujer se giró de lado y empezó a comer las sardinas. Las moscas llegaban ahora por docenas. Se posaban sobre las cucharas y apenas si alzaban vuelo cuando llegaban a las bocas. Los platos eran una mancha de puntos negros, donde las cucharas se hundían a tientas. Tras unos minutos ya ni siquiera se veían los rostros el uno al otro, ni distinguían sus propias manos tras la masa de moscas que volaba frente a ellos. Licha cerró los ojos y siguió comiendo, sin decir palabra y sin levantarse de la mesa, porque levantarse era perder, era reconocer que el viejo tenía la razón, sobre algo que ya ninguno de los dos recordaba bien, y que en el fondo no les importaba.

Tras unos minutos comiendo a ciegas, sin ver ni escuchar nada de su esposa, Ceferino fue el primero en ceder. Se puso de pie y avanzó a tientas hacia la puerta; la abrió y una nube de partículas aladas salió volando de la habitación. Cuando retornó la visibilidad al cuarto, Ceferino vio a su esposa, en los últimos estertores de la muerte, tosiendo las moscas que había inhalado. Supo que era muy tarde, y se quedó quieto. Le pareció ver una sonrisa de victoria en los labios azulosos.

2006

La piedra mágica de Juancito

a Salman Rushdie

Siempre pensé que Juancito había nacido para sufrir. Desde que era un bebé le noté algo raro, algo inusual en la forma de su cuerpecito. Ese algo se hizo aparente cuando todos los niños de la escuela, incluso los desnutridos, crecieron más altos que él. Cuando alcanzó la adolescencia midiendo apenas dos pies y medio, incluso su madre tuvo que abrir los ojos y aceptar lo que todo el pueblo ya sabía, y que ella había negado por tantos años: el pobre muchacho era un enano.

Las viejas del pueblo bochincheaban, cada una de acuerdo a su propio nivel de ignorancia, que aquello era castigo divino, brujería, cosa del diablo, mala hierba, o – la explicación más original – consecuencia de haber cogido por detrás, lo cual es un pecado según San Agustín, que condona el polvo sólo por delante y entre esposos, a través de un huequito en una sábana, en pequeñas dosis y con el expreso propósito de fabricar más cristianos para la parroquia.

Siendo el maestro de ciencias en la escuela primaria en Caña Brava, y por ende vicario de la razón ante aquella horda, tuve que intervenir y explicarle a la madre, Manuela, que aquel defecto no era culpa de ella ni de nadie. Era el resultado de una lotería genética: Juancito había nacido enano por puro azar, y no había nada que hacer al respecto. No habiendo cura, el desdichado seguiría siendo enano hasta el último día de su vida. Lo único que restaba era educarlo para ser feliz en esa forma, aceptando sus limitaciones.

Juancito terminó la escuela primaria, a empujones de su madre, soportando paciente las mofas rutinarias de los bravucones en el recreo. Pero no hubo fuerza que lo moviera a emprender la secundaria. Esto hubiera requerido viajar

hasta El Bijao, donde está el único Colegio de la región, con el consecuente encuentro de cientos de personas nuevas, desconocidos que no lo habían visto nunca y que por tanto lo mirarían demasiado la primera vez, por curiosidad algunos, otros por morbo, hasta hacerlo llorar de vergüenza. El solo prospecto, me contó Manuela, hacía sollozar a Juancito en las noches.

Con el diploma de primaria colgando de alguna pared en su casucha de quincha, recogiendo en su marco telarañas y polvo, Juancito dio por terminada su educación formal y se dedicó a atender la tiendita que su madre tenía junto a la casa. En mis viajes domingueros a la playa de Caña Brava, me detenía en la tienda de Juancito, que estaba al pie del camino. Con tal de verlo y conversar con él un rato, le compraba plátanos verdes para hacer patacones, y le dejaba prestado algún libro, con la esperanza de que entre cliente y cliente se instruyese con la lectura. Así lo vi volverse adulto, sin ganar un palmo de estatura, en la misma rutina: oyendo cantadera en una radio vieja y despachando galletas, sin más prospecto en la vida que atender aquella tienda perdida entre el mar y el monte.

– Y qué, Juancito, ¿ya tienes novia? – se me ocurrió preguntarle un día.

Juancito, encaramado en dos cajas vacías de soda para alcanzarme un duro de rosa del congelador, no tuvo oportunidad de contestarme, porque un patán que estaba sentado bajo el techo de la tienda, tomándose una malta, espetó con una carcajada dura:

– ¡Nada más María Manuela!

La referencia a Manuela me hizo pensar al inicio que aquello era una burla porque Juancito todavía vivía con su madre. Pero luego la mano del tipo, agarrotada y moviéndose como un pistón, me hizo entender que se refería a otra cosa.

– Pajizo pero no yegüero – le disparó Juancito.

El tipo se rió un poco, y el enano lo miró de reojo, sin expresión discernible en el rostro. Me sorprendió la calma con que Juancito se enfrentaba a la sorna de comentarios como éstos. Creo que, resignado a aquella suerte, había desarrollado un cascarón grueso que lo protegía de la ponzoña de las burlas. Aunque sufrió estoico el comentario, igual me arrepentí de haberlo expuesto

a tal dardo con mi pregunta. En el fondo, pensé, debe ser muy triste para él vivir solo, sin mujer o novia, ya mayor y todavía en casa de la madre.

Desde ese día lo vi a menudo caminando hasta la playa, con sus piernitas de chivo. Me imaginaba yo que iba a ver las muchachas desde lejos. Sentadito en la arena, se ponía a mirar hacia las olas, donde dos o tres de ellas jugaban a la pelota con sus altos novios. El viento le traería sus risas, tal vez sus perfumes, retazos de sus conversaciones coquetas. Se me ocurría, al ver cómo arrugaba los ojos, que el destello del sol en aquellas pieles mojadas, en los bikinis de colores, lo encandilaría y le daría – tal vez – algo para soñar aquella noche.

Para Juancito, contrahecho y no más grande que un tanquecito de gas, la vida era un deporte de espectador a una edad en que otros hombres están en plena cacería. Y eso, para un macho joven, es una tragedia. Me atormentaba la idea de que Juancito nunca montó a caballo, rabeó a una res, o enlazó a un ternero. Su cuchillo no capó nunca a un potro, ni su brazo molió caña en un trapiche. Su machete no tumbó monte alguno, su hacha no sometió ningún árbol. Jamás había ido a un baile, ni a una fiesta de toros en el pueblo. Su pecho no apretó a una hembra en un pindín, ni su mano sintió la tibieza de un seno sudoroso acunado entre los dedos. Incluso los placeres llanos del campesino eran frutas demasiado altas para Juancito. «Qué vida de mierda», pensaba para mí cada vez que lo veía en la playa, o que me detenía en la tienda a conversarle.

Así vivió Juancito por treinta y tantos años, al margen de todo, ignorado y rechazado, hasta una noche en que su vida cambió totalmente, por puro azar. La recuerdo muy bien, porque se armó un gran corrincho en varios pueblos cercanos. Estaba dormido cuando me vinieron a tocar la puerta los vecinos. Con tremenda gritería, me contaron lo que habían visto los pescadores: una luz enorme apareció en el cielo, viniendo de mar afuera, y con gran estruendo había caído en la costa. Campesinos en tierra la vieron venir desde la playa y precipitarse hacia los potreros. Algunos decían que había caído en Caña Brava, y querían saber el significado de aquel evento.

Salí con un foco de mano y un machete, acompañando al grupo de vecinos, dispuestos a buscar el sitio donde habría caído aquel objeto del cielo. A los pocos minutos, guiándonos por unos gritos que escuchamos en la oscuridad,

encontramos un pedazo de potrero que estaba en llamas. Había un gran gentío, rodeando un círculo de fuego. En el centro, había una res muerta. Cuando alumbré al animal, vi que estaba quemado, y en el sitio donde debería estar la cabeza había un gran agujero en el suelo, como un pequeño cráter. Los restos de arbustos en derredor estaban tumbados hacia afuera, como rayos de una rueda.

Presintiendo que se trataba del impacto de un meteorito, me acerqué al agujero y le pedí a un campesino que hurgara con una coa para ver si encontraba una piedra en ese hueco. Buscamos varias horas en vano durante la noche, y regresamos el día siguiente a buscar más, pero no encontramos nada. Ya me había resignado a no encontrar el meteorito, cuando escuché algo que me erizó la nuca:

– Juancito er de Manuela tien'una piedra metía en la tinaja. Dice la mama que jué la que cayó der cielo anoche.

No esperé a escucharlo dos veces. Cuando llegué a casa de Manuela, había una multitud afuera, como en velorio de muerto grande. Me abrí paso entre los mirones, hasta el tinajero. Efectivamente, en el fondo de la tinaja, sumergido en el agua fresca, había un objeto negro, irregular, del tamaño de un limón grande.

Juancito apareció entre el gentío, con la mano derecha envuelta en una gasa manchada de yodo amarillo, y me contó lo que había pasado. Estaba sentado en el portal, oyendo la transmisión del baile de Ulpiano en Radio Reforma, cuando vio un punto de luz que apareció entre las ramas. La luz se hizo grande y comenzó a moverse hacia abajo, y de pronto ¡plam!, como si hubiera caído una bomba en el potrero de Manuela. Juancito se fue con un machetito y una guaricha, y vio la vaca 'escabezá'. Con el colín sacó del hueco la piedra esa. Se quemó la mano, porque la piedra estaba caliente. Por eso la tiró en la tinaja.

Durante los siguientes días, la casa de Manuela se convirtió en un sitio de peregrinaje de curiosos de toda la región. Juancito salió en la portada de varios periódicos, y recibió ofertas de personas que querían comprarle aquella piedra del espacio. Él, con una sonrisa, se negaba a venderla. Creo que fue para él un

momento de gloria, saberse el centro de atención de toda la provincia, después de tres décadas siendo universalmente ignorado.

Fueron buenos tiempos para la tienda, pues los visitantes venían de lejos a mirar en la tinaja, y se tomaban una soda fría para refrescarse antes de volver camino arriba. Pero la fiebre pasó rápido, y así como vino se esfumó. Un nuevo disco de Samy y Sandra, la proximidad de los Carnavales, y la actividad política por las elecciones cercanas desplazaron pronto la historia del meteorito en la prensa local y hasta en los bochinches de los vecinos. De la noche a la mañana, nadie hablaba del asunto. Juancito dejó de ser el centro de atención, y volvió a ser nada, el enano que vive con su vieja madre, ahora con una piedra en la tinaja.

En esos días lo vi más triste que nunca. El breve paladeo de la atención ajena lo había dejado goloso, y hacía aún más hiriente volver a la sombra. Entonces se me ocurrió algo. En algún libro había leído yo que el Museo de Historia Natural en Nueva York tenía la colección de meteoritos más grande del mundo. Sería bueno, pensé yo, agregar uno más a esa colección. Tal vez Juancito aceptaría el ceder su hallazgo a la ciencia ahora que las candilejas lo habían abandonado.

Como yo no hablo inglés, pensé que los científicos bilingües del Smithsonian nos podrían servir de intermediarios. Escribí al Instituto, describiendo la caída del meteorito. Adjunté varias fotografías de la piedra en la tinaja, y les di las generales de la casa de Juancito. No escuché respuesta directa de ellos ni del Museo en Nueva York, por lo que asumí que mi correo se habría perdido o que simplemente no les interesaba el asunto.

Hasta una tarde en que recibí una llamada. Un tipo con fuerte acento gringo se identificó como el doctor Griggs, geólogo del Smithsonian y se disculpó por no haberme llamado antes.

– En la carta no nos puso su teléfono, o lo hubiéramos llamado cuando fuimos a Caña Brava – me dijo.

Era cierto. El doctor Griggs me hizo un resumen de lo acontecido desde que envié mi nota. Ellos contactaron al Museo en Nueva York, que envió de inmediato a una representante a buscar el meteorito. Viajaron desde la capital hasta la casa de Juancito, y analizaron la piedra con un equipo especial. Como

vieron que era efectivamente un objeto del espacio exterior, le ofrecieron mil quinientos dólares.

– Ese amigo suyo es un personaje – dijo, riendo.

– No me diga que no quiso vendérsela, doctor... – exclamé, pensando en la forma en que estrangularía a Juancito cuando lo viera.

Cuando el gringo terminó de reírse al otro lado del teléfono, siguió con el cuento.

– Sí, nos la vendió, pero con condiciones – dijo. – Nos hizo saltar varios aros de fuego.

En resumen, Juancito convenció a los gringos de que él estaba de acuerdo con venderles la piedra, pero que su mamá, Manuela, estaba muy apegada a ella. Así que pidió a Griggs llevar a su mamá a hacer un mandado a El Bijao, para mantenerla entretenida por un par de horas, mientras que él iba con la representante del museo a hacer entrega de la piedra en un cuarto de hotel, como lo habían pactado.

– ¿Hotel? – pregunté, sabiendo que en Caña Brava no hay hotel alguno. – ¿Qué hotel?

– Creo que recuerdo el nombre – me dijo el gringo. – Se llama como una pieza de Liszt, Liebestraum, Sueño de Amor.

Sentí una corriente de sangre congestionarme el rostro. El Sueño de Amor no era un hotel. A menos que ahora se le llame hotel a aquellos sitios donde hay que apretar un botón para entrar, pagando seis dólares en una ventanilla para ocupar una habitación durante una hora. La idea de Juancito a solas con la gringa en aquel cuarto, mientras el doctor Griggs paseaba a su mamá, me dio escalofríos. «Con qué se habrá salido este enano del diablo», pensé, rogando que mi nombre no se hubiera asociado a cualquier barbaridad que Juancito hubiera cometido. Pero el gringo sonaba jovial.

– Su amigo, el Juancito, es de lo más gracioso – siguió el geólogo. – Me contó luego Katherine, la enviada del Museo en New York, que la hizo reír mucho. ¡Y eso que ella no habla ni una palabra de español! Cuando sacó la piedra del trapo, hizo como si estuviera caliente, y se la pasaba de una mano a otra gritando. Katherine se asustó, pero cuando él se la pasó, tras un grito de susto, ella vio que estaba fría y se rió mucho. Luego, cuando Juancito estaba

contando los quince billetes de cien, se puso a saltar en la cama, como un niño. ¡Es muy gracioso! Hasta la invitó a comer pescado frito tras la venta. Eso fue hace como dos meses ya. El meteorito estará pronto en exhibición en el Museo.

Como las condiciones y la conducta de Juancito durante la venta me parecieron sospechosas, decidí visitarlo de inmediato. Tenía mucho rato de no verlo, porque habían empezado las lluvias y los caminos se llenaban de lodo. Era un domingo, recuerdo, y al llegar a la casa me sorprendió un grupo grande de personas, con billetes de un dólar en la mano, haciendo fila para entrar en la casa de Manuela.

– ¿Qué está pasando aquí? – le pregunté a un tipo que estaba en la fila.

Lo reconocí como el mismo que, tomándose la malta, le había disparado aquella impertinencia a Juancito años antes. Con una sonrisa de escasos dientes negros, me respondió:

– Yo pensé que usté sabía, profe. ¿Se acuerda 'e la piedra que jalló Juancito? Parece que ej milagrosa. La gente 'ta veniendo de toj la'o a pedijle mercé.

Me asomé dentro de la casa. Vi a Juancito, con la radio en la oreja oyendo cantadera, y el ojo puesto en una batea al lado de la tinaja, rebosante de billetes de un dólar. Ni él me vio ni yo le hablé.

Regresé al patio y, como buen hombre de ciencia, le pregunté al tipo de los dientes negros qué evidencia había de que la piedra era milagrosa. Me contó que, hace como dos meses, Juancito tuvo un sueño donde la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores, muy venerada en Caña Brava, le había dicho que aquella piedra tenía el poder de conceder lo que se pedía con fe. Cuando Juancito lo dijo, nadie le creyó. Pero esa tarde lo vieron entrar en el Sueño de Amor con una rubia.

– ¡Usté viera qué jembra, profe! Yo mesmito la vi.

Incrédulos al verlos entrar, como era de esperarse, alguno de los discretos y respetuosos vecinos de Caña Brava se las arregló para pegar la oreja a la puerta del cuarto. Escuchó risas de ambos, y chirridos de la cama, que borraron cualquier duda del milagro que estaba ocurriendo dentro de esa habitación. Para colmo, me dijo mi informante, ese mismo día se ganó Juancito la lotería: mil quinientos manducos. Un primitivo uso de la estadística, y el puro instinto,

le hicieron saber a aquella gente que dos golpes de suerte como esos, en un mismo día, eran demasiado para ser coincidencia.

Siempre pensé que Juancito había nacido para sufrir. Todavía lo creo. Pero ahora entiendo que en la vida de todos, incluso aquellos con salud, siempre hay alguna fuente de sufrimiento. El dolor nos lleva a buscar respuestas en alguna parte. Yo la he buscado siempre en el laboratorio. Otros la buscan en la cruz. Aquel invierno, en Caña Brava, miles de campesinos sencillos la buscaron en una piedra metida en una tinaja, una piedra que dos meses antes había estado en el fondo de alguna quebrada, mientras que otra del mismo tamaño, tras flotar en el espacio por millones de años, reposaba en una caja de vidrio en un museo en Manhattan.

2008

Inspiración

a mi padre

– ¿Qué sientes cuando contemplas este cuadro?

El Ministro Rivaldo se volteó, como un niño que la maestra hubiese sorprendido copiándose, y pretendió una sonrisa:

– ¿Cómo dices, amor?

La Señora de Rivaldo, tras dirigirme una fugaz mirada de vergüenza, repitió la pregunta a su marido. Éste, alzando las cejas y mirando de lleno la pintura – posiblemente por primera vez en toda la noche -, se balanceó un momento en los tacones de sus botas. Los hielos de su trago de seco tintineaban en el vaso empañado. Echó los labios hacia el frente, haciendo una trompita, mientras pensaba. Otra vez me dio la impresión de un niño en la escuela, sufriendo por la pregunta que la maestra le presentaba frente a la clase.

– Bueno, pues siento... que está bonito – remachó el Ministro, y el rostro se le congeló en una súplica solapada de «no más preguntas».

Las mejillas de la Señora de Rivaldo se encendieron por la pena y me volvió a mirar, como suplicándome: «por favor, no me juzgues por mi marido». El hombrecillo había dejado de mecerse sobre los altos tacones de sus botas – con los cuales, tal vez inconscientemente, buscaba compensar su corta estatura – y esperaba resignado el inminente reproche de su cónyuge.

– Es bonito, en verdad – agregué yo, tratando de alivianar la tensión.

– Pero, ¿qué te transmite? Dime. ¿En qué te hace pensar? – insistió la Señora de Rivaldo.

El Ministro se alzó de hombros y descargó su inocencia con una salida honesta:

– Yo de estas cosas no sé nada, amor – dijo, y sorbió del vaso de licor, para tener la boca ocupada.

Todos los demás tomaban champaña o vinos finos. Él tomaba seco, y esto se añadía a los mil otros detalles de su persona y su apariencia que le hacían lucir – ¿cómo expresarlo sin ofender? -: corriente. La esposa, educada en París en alguna profesión de baja exigencia intelectual, salió en santa cruzada a defender la honra de las personas de buen gusto:

– Pues allá tú que te lo pierdes – le espetó, y con los ojos cerrados, suspiró – ¡A mí me transmite tantas cosas!

Como vio de reojo mi gesto de interés, prosiguió:

– Esta pintura me habla de la inocencia de las especies naturales, perdida con su extinción. Ese pájaro azul, montado sobre el gorro del payaso muerto, es para mí un símbolo de la naturaleza inmaculada, de la vida misma, de la creación, que mediante la callada sobrevivencia se rebela contra la hipocresía y los vicios de la sociedad postmoderna, simbolizada magistralmente en esta composición por el payaso difunto, que ha encontrado su fin por su propia mano seguramente. ¡Es una obra de arte brillante, a todas luces, el producto de un genio!

Me miró luminosa, electrizada por la chispeante elegía que acababa de verter sobre las virtudes del cuadro de mi marido, como buscando mi aprobación. Le di mi sanción con un noble y enfático bamboleo de cabeza, con lo cual – estoy segura – la hice feliz. Creería ella que yo, por dormir junto al artista cada noche, habría contraído, a la manera de una enfermedad venérea, la facultad de juzgar el mérito de las interpretaciones ajenas, referentes a las pinturas de Gian Lorenzo.

El Ministro, a la luz del sermón de su esposa, volvió a mirar el cuadro, y tras unos segundos con los ojos inertes, volvió a sorber del vaso.

– A mí me gustaban más los cuadros de Gian cuando pintaba escenas campesinas: la molienda de caña de azúcar, junto al río; la carreta cargada de maíz, tirada por bueyes; la pollera, con sus joyas y tembleques, en una tuna... – se lamentó el Ministro, como disculpándose por sus gustos prosaicos.

– ¡Pero si su estilo actual es superiorísimo! – apuntó la Señora de Rivaldo. – Es abstracto, primitivista, enigmático... está fuera de tu alcance, definitivamente.

– Será eso – ripostó él, sumiso como un eunuco.

Mirando a través de la sala repleta de personalidades de la vida política y económica de la Ciudad, el hombrecillo buscó refugio en la conversación de algún amigo que atisbó al otro lado de la exhibición, lejos de su mujer. La esposa sacudió la cabeza mínimamente, apenas lo necesario para estar segura de que yo percibiría el movimiento de desaprobación, pero suficientemente recatada para pretender que se trataba de un gesto íntimo, discreto.

– Hay quienes sí sabemos apreciar el buen arte – me dijo, en tono redentor. – ¿Estará Gian Lorenzo cerca? Quisiera saludarlo personalmente.

– Ya no debe tardar en venir por esta parte de la Galería. Lo vi hace unos minutos mostrándole unas pinturas al Señor Presidente – acoté.

Ella sonrió y me dijo, contemplando nuevamente la obra que había elogiado:

– Quisiera adquirir este cuadro para mi colección. ¿Cuál es su precio?

Traté de mantener el gesto sobrio en el semblante al decirle la cifra. Ella tragó en seco, parpadeó unas tres veces aceleradamente y sorbió con delicadeza el resto de su copa de champaña.

– Vale cada centavo, sin duda – sentenció. – ¡Me lo llevo!

Le indiqué que ya la obra había sido vendida al Embajador francés, conocido coleccionista de arte moderno. La Señora de Rivaldo hizo una mueca triste.

– ¡No puede ser! Ya tenía en mi mente el sitio perfecto para exhibir esta belleza en mi sala principal.

Respiró hondo. Esperó a que yo terminara de intercambiar algunas frases con unos diplomáticos, quienes me felicitaban por la exposición. Entonces me tomó del brazo y me dijo:

– Yo sé que su esposo, Gian Lorenzo, es muy celoso guardián de su estilo propio y que busca imprimir en cada una de sus obras un inconfundible carácter único...

Traté de intuir hacia dónde se dirigía la conversación, pero me quedé en el aire. Le pedí, con un suave movimiento de cabeza, que continuara.

– Sin embargo, consciente de que esto es así, y considerando el gran aprecio que tengo por el genio de Gian Lorenzo, y que soy una de las principales admiradoras de su obra, ¿cree usted que sería posible que él pintara para mí... quiero decir, para el Señor Ministro, no una réplica, sino una variación, una obra parecida a ésta?

Fingí sorpresa, con una pizca de ofensa, como si su propuesta me hubiese parecido sumamente indecente, hasta que la vi palidecer. Entonces, miré la pintura y le dije:

– La verdad no estoy segura... él cuida mucho su reputación y su originalidad. Jamás ha copiado a nadie, ¡ni siquiera a sí mismo! Pero entiendo lo que usted me pide. Tal vez... – le dije, mientras ella me seguía con los ojos, los labios apretados en ascuas – tal vez, yo podría usar mi poder de convencimiento, mis «encantos femeninos» si se quiere, para que él acceda a realizar una nueva obra, totalmente original por supuesto, y única en todo el sentido de la palabra, pero con el mismo tema del pájaro azul y el payaso muerto.

Su sonrisa no se hizo esperar.

– Por supuesto – indiqué, en seguida – un encargo especial de tal naturaleza sería más costoso que una obra espontánea... tal vez el doble.

– Comprensiblemente. ¡No hay problema! – finiquitó ella alegremente, con la liviandad de quien compra una libra de cebollas. – Espero entonces su llamada para retirar la nueva obra en la galería, cuando esté terminada.

Le di la mano, a manera de cerrar el trato, y ella la tomó con suficiente firmeza, pero con elegancia.

o - O - o

Durante el desayuno, mientras preparaba unos huevos revueltos, le di a Gian la buena noticia:

– Recibí una carta del Museo de Arte Moderno.

– ¿De Nueva York?

Asentí con la cabeza.

– Les interesa mucho incluir dos cuadros tuyos en una exhibición de nuevos artistas latinoamericanos.

– ¿Nuevos? – inquirió Gian, con algo de sorna en la voz.

– Bueno, nuevos en la escena internacional.

Gian tomó un trago de su cerveza. Eran apenas las nueve y media de la mañana, y ya llevaba dos latas.

– Me gustaría enviarles una de las pinturas de empolleradas... tal vez la última que hice, con la pollera roja y el fondo azul oscuro... ¿sabes cuál es?

Sin responder, serví los huevos revueltos en dos platos, en cantidades iguales, y puse unas rodajas de pan integral en la tostadora.

– ¿No crees que es buena idea? – insistió.

– Me parece que no es el mejor momento – dije. Gian bajó los ojos, y yo proseguí. – ¿Cuántos años estuviste pintando cuadros en ese estilo? ¡Más de una década! Sin lograr captar la atención de los críticos de renombre, ni exhibir en las galerías de prestigio. Prácticamente, tenías que regalar tus cuadros. Ahora, en cambio...

Gian tomó otro trago de la cerveza y hundió la mirada en el televisor. Estaban repitiendo algún partido de fútbol.

– Anoche, por ejemplo – seguí presionando yo – solamente mostramos los cuadros de tu nuevo estilo, y se vendieron todos. ¡A qué precios!

Gian sonrió y movió la cabeza con incredulidad.

– Está bien. Le regalaré a mi mamá la pintura de la empollerada, y prepararé unas cuatro pinturas nuevas para escoger las dos que enviaremos al Museo en Nueva York.

Algún equipo anotó un gol, que el locutor gritó durante lo que me pareció un minuto eterno. Gian se sentó en la mesa. Puso los trocitos de huevo revuelto y jamón entre dos tapas de pan tostado, como un emparedado.

– Anoche recibí el primer encargo especial de una pintura tuya – le dije, para reanimarlo.

– ¿En serio?

– Nos la van a pagar al doble del precio. ¿Te imaginas?

– ¡Al doble! – rió Gian, abriendo otra lata de cerveza. – Qué te parece. ¿Quién hizo el encargo?

– ¿Recuerdas al Ministro Rivaldo? Uno bajito, que andaba con botas.

– ¿Él? Pero tú lo escuchaste decir que mis cuadros nuevos parecían, ¿cómo fue que dijo?... ¡cosa de locos!

– Eso fue lo que él dijo, pero cuando me vio llegar se puso pálido y la mujer dedicó los siguientes minutos a hacerle la vida miserable. Fue la esposa la que hizo el encargo.

Gian hizo memoria.

– ¿La esposa es la mujer que andaba con un traje color vino, demasiado escotado para su edad, y con un collar de perlas un poco exagerado?

Yo asentí con la cabeza.

– Esa señora me agarró del brazo anoche en la exhibición – continuó Gian – y me preguntó que de dónde había sacado yo la inspiración para las pinturas de mi nueva colección.

– Y tú, ¿qué le respondiste? – inquirí, con el tono de una madre que le repasa la tarea al hijo.

Gian, acariciándose la barba, y con gesto de pensador ensayado múltiples veces en el espejo, me dijo:

– Le respondí: Señora, la inspiración me llega sola. No es algo que se compre o se fuerce; no es algo que se finja o estudie: es algo que nace en algún lugar que no conozco y que, como por encantamiento, llega a mis manos en la forma de imágenes concretas. Entonces las plasmo en el lienzo, y así nacen mis obras.

– ¡Muy buena respuesta! – le dije riendo, como si no la hubiera escuchado nunca. – Me imagino que ella quedó impresionada.

– Así es. Pero, ¿por qué nos va a pagar el encargo al doble del precio? – inquirió Gian, a quien todavía le costaba creer que sus pinturas pudiesen venderse.

– Pues porque lo que ella quiere es un pedido especial, Gian. Tienes que aprender a mercadearte. ¿Te acuerdas del cuadro del pájaro azul en el gorro del payaso muerto?

Gian se rascó las cejas, asintiendo con la cabeza, como un adolescente que se acordase de alguna travesura de medianoche.

– Bueno, ese cuadro lo compró una pareja de diplomáticos. La esposa del Ministro Rivaldo quiere algo parecido.

– ¿Cómo parecido?

– O sea, el mismo tema: pájaro azul, payaso muerto, etc. Pero con una composición un poco diferente. Similar, pero único.

– ¡Carajo! Ahora sí me la puso difícil – rió Gian.

– No te preocupes – le reconforté – Busca el boceto de ese cuadro en la gaveta del estudio, y yo me encargo de conseguir un nuevo boceto para la variación que ordenó la Señora Rivaldo. Esta tarde te lo traigo, con otros más para los nuevos cuadros.

– Listo – respondió Gian, que terminaba la tercera cerveza embebido en un tiro libre o un penal de un jugador con camiseta azul.

o - O - o

La enfermera regresó a mi consultorio. Me entregó el expediente y me dijo:

– Ya está la paciente en el jardín.

Salí al patio y la encontré como siempre, sentada frente al pupitre, con la mirada perdida en las veraneras.

– ¿Cómo estás esta mañana, Clío? – dije con voz dulce.

Me hinqué al lado de su silla de ruedas, y le acaricié la cabeza rapada. Los diminutos cabellos y la piel del rostro lucían limpios, recién lavados por las manos diligentes de las auxiliares de enfermería. A juzgar por la pulcritud de la bata, la habían vestido después del desayuno.

– ¿Quieres pintar? – le pregunté.

Su mirada se iluminó, y una mueca – ¿una sonrisa, tal vez? – le transformó el rostro. Saqué de un maletín un paquete de lápices de cera, con una docena de colores distintos, y cinco cuadrados medianos de cartulina blanca. Saqué también el boceto del pájaro azul sobre el payaso muerto.

– ¿Recuerdas este dibujo? – le pregunté, en tono maternal.

Ella repitió la mueca alegre, y agrandó los ojos. Un hilillo de saliva se derramó por la comisura de su boca. Hice una señal a la enfermera, que en seguida lo secó con una toallita.

– Vamos a pintar cinco dibujos hoy. Para empezar, quiero que me hagas otro dibujo así – le dije, mostrándole el boceto. – Píntame algo con un pajarito azul y con un payasito... ¿está bien, Clío?

Le acaricié la cabeza una vez más, y me retiré a verla trabajar, desde cierta distancia.

– La paciente ha mejorado tanto, desde que usted empezó con ella la terapia de recreación artística – me comentó, en voz baja, la enfermera.

Yo asentí con la cabeza, revisando el expediente médico. Comenté:

– Veo en las notas de las enfermeras que pasa los días más tranquila, y que duerme mejor en las noches, y que requiere dosis más bajas de sedantes.

– Así es. Las auxiliares también están más felices – añadió, con un suspiro de alivio.

– Desde que empezó a dibujar en la terapia, han tenido menos trabajo.

La miré por encima de los anteojos. Ella se explicó:

– Usted sabe: hace mucho tiempo no tienen que limpiar las paredes del cuarto de Clío. Ya no las pintoretea con heces, haciendo dibujos de pájaros y payasos. Usted sabe... ¡cosas de locos!

2006

La medalla

a Groucho Marx

Mi país tiene una sola medalla olímpica. Es una medalla de bronce, que mereció nuestro héroe nacional hace cinco generaciones. Es el tesoro más valioso de nuestra nación. La mantenemos en una bóveda sellada en el Palacio Presidencial, con cámaras de seguridad y guardia de honor.

A los niños que obtienen calificaciones perfectas se les permite ver la medalla a cinco pies de distancia por cinco segundos, magnífica recompensa por sus esfuerzos. Cuando las estaciones de televisión terminan sus emisiones al final del día, interpretan el himno nacional y muestran nuestra medalla, nuestro orgullo, en toda su gloria.

No es cierto que sólo tres atletas compitieron en aquella ocasión. No es cierto que nuestro héroe nació en otro país. Podría ser cierto que nació de una virgen, que ya corría a una edad en la que otros bebés ni siquiera gatean, y que en la adolescencia embarazó a doce mozuelas en una sola noche.

China, por otro lado, tiene – según el último censo – alrededor de veinte mil medallas de oro. Nadie conoce el número exacto, porque a nadie le interesa a estas alturas. Un profesor de estadística infirió que aproximadamente el 32 por ciento de los medallistas comparten el apellido Chang.

Al regresar a China, cada nuevo medallista de oro recibe en el correo una carta mimeografiada y sin firmar con un agradecimiento de tres líneas de parte del partido comunista; la medalla es confiscada de inmediato. Se dice que las emplean para fabricar circuitos electrónicos para computadoras.

Las medallas de plata son simplemente arrojadas en el horno de la fundición, sin carta de agradecimiento, para fabricar cucharas que serán exportadas a Inglaterra. La gente dice que las medallas de bronce son fundidas para hacer

los casquillos de las balas con las que luego fusilarán a sus recipientes, acusados de traicionar al partido, dado su desempeño perezoso.

2008

Quenta Estel

(Cuentos de fe)

El buen profeta

a Spinoza

Dios me habló y dijo:
Cuídate de aquellos que dicen:
Dios me habló y dijo...

2008

La paradoja

a Miguel Ángel Conde

Cuando sentí la muerte cerca, le pedí a Ana que llamara al Padre Zósimo. Por un segundo, sus ojos me miraron con lástima. No la culpo: desde niña la crie agnóstica, y rebelde contra la religión, como su padre. Creo que no me entendió cuando comencé a leer la Biblia, hace unos meses, sintiendo que mi hora se acercaba.

Me despertó el aceite en la frente. Pensé en lo lamentable que debía ser mi apariencia si Zósimo había llegado aplicándome los santos óleos sin siquiera saludarme. Nuestra vieja amistad, forjada en los días de escuela, había pasado por amargos momentos de extrañeza cuando renuncié a la fe de mis padres.

Zósimo siempre fue un gran creyente. De familia piadosa, se ordenó en el Vaticano y ahora era profeta en su propia tierra. Varias veces lo debatí en tribunas públicas sobre asuntos de salubridad, yo tratando de avanzar la causa de la ciencia y la modernidad, él aferrado a los dogmas y prejuicios de Roma.

– Mi viejo amigo – susurró cuando abrí los ojos.

– Necesito saber – le dije, con lo que me quedaba de voz – hacia dónde voy.

Zósimo sabía bien que había vuelto a las escrituras, y me consoló:

– El que cree en Él, no degustará la muerte. Vas al Reino del Padre.

– Eso es poesía – le respondí. – Yo te pregunto sobre la realidad. La muerte no es teoría para mí, Zósimo, que me muero esta tarde.

– La Palabra no es poesía; es la verdad eterna – dijo.

Respiré hondo. El estertor de mi pecho le hizo apretar los labios y mirar a otro lado.

– Es bonito eso de los pájaros del cielo y los lirios del campo, Zósimo, pero los niños se mueren de hambre y de frío. ¿Cómo puedo creer lo que está escrito si mis propios ojos me muestran lo contrario?

– Con fe – me respondió.

No dije más. Me giré en el lecho hacia el otro lado y cerré los ojos. No sé cuánto dormí, pero cuando desperté, Zósimo estaba a mi lado, dormido en la silla. Ana debía estar en la cocina, pues escuché sonidos de trastos en el fregadero. Me pregunté si mi muerte sería como el sueño de Zósimo, tranquilo descanso de los afanes del cuerpo y la mente. Sentí envidia de su credulidad, de su fe maleable. Aun con la garra de la parca en mi cuello no lograba sobreponerme a las patentes falacias del texto bíblico.

Esperando, me vino a la mente una contradicción que largamente me había intrigado. Mateo 23:36. «De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación». Esta generación. Según el evangelio canónico, eso dijo Jesús, y desde entonces cien generaciones de fieles han creído el vaticinio: el Hijo del hombre viniendo en su gloria sería visto por esta generación, lee el texto, y ya han pasado dos mil años de espera en vano.

Pensé que dado que la tradición apocalíptica es anterior a Yeshúa Bar Yussef, podía haber sido incluida en el texto por seguidores celosos de mantener el dogma farisaico en la nueva fe. ¿Cómo saber si lo dijo el Maestro? Y si lo dijo, ¿por qué han caído una tras otra las generaciones, como hojas de teca en verano, sin que venga el reino?

No supe cuándo me dormí, pero me despertó el óleo en la frente nuevamente. Abrí los ojos y vi a Ana, llorando de pie, junto a Zósimo. Oí el rezo en latín, pero no pude hacer sentido de lo que decía. Spiritu... Christi... Domine... in Paradisum... Frases, palabras sueltas. El cuarto parecía hecho de etéreos tejidos, cada vez más oscuros. Una presión en el pecho me arrancó un quejido. Sentía cierto dolor, pero no tenía miedo. Supe que la hora había llegado, y decidí, como Sócrates, aprovechar hasta el último momento en tareas intelectuales. Decidí recibir el misterio acariciando la paradoja del reino que no llegaba.

¿Qué tal – me dije – si el reino no es como lo pintan en las portadas de ciertos panfletos cristianos, un jardín terrenal para cuerpos resucitados?

¿Qué tal si la llegada del reino es simplemente la liberación del espíritu de las ataduras terrenas, la vuelta a la fuente de la vida, el alma cerrando el circuito, reconectándose con el origen, con el Uno?

Temí que la agonía me hacía desvariar, pero seguí pensando, combatiendo la experiencia con intentos de cordura.

Pero aun así, ¿por qué no había llegado? Él prometió que no pasaría esta generación antes de que el reino llegara. Esta generación. ¿Cuál generación es esta? La generación de un espíritu eterno es eterna, y en ese marco la afirmación no tiene sentido, por ser infinita. La generación de la audiencia original ya había pasado, junto con cien generaciones siguientes.

Abrí los ojos, pero no vi nada.

La generación mía, sin embargo, esa no había pasado todavía. Esta generación, dice el texto, no aquella. Esta. No pasará esta generación antes de que venga el reino. ¿Cuándo termina mi generación? Con la muerte de mis amigos, o con la mía. Mi último día marca el final de mi generación, una generación de un hombre. La medida de todas las cosas. Eso es.

Sentí un gozo inmenso, pues creí haber resuelto el misterio de dos milenios. Quise decirle a Zósimo que había entendido al fin, que había descifrado el mensaje, que el texto hacía sentido, y que tenía fe otra vez, como cuando era niño. Pero no pude. No veía ya la habitación, ni al amigo, ni a mi hija. No sentía mi cuerpo. No tenía dolor. Solo la delicia de lo intangible. Y el resplandor. Y la dicha.

2007

Ensayo y error

a Tristán Solarte

Adán mordió la manzana. El sabor y fragancia eran idénticos a los de la fruta común. Dios, que durante siglos había esperado el mordisco, escondido detrás de una parra, saltó y dijo:

—¡Ajá! Así te quería agarrar, malagradecido. Mira todo lo que he hecho por ti. Te di un paraíso para vivir eternamente y una mujer para acompañarte. A cambio solo pedí que no comieras de este árbol.

Algo iba a decir Adán, pero Dios se adelantó:

—No culpes a Eva: es una excusa tan obvia.

A su vez, Eva quiso intervenir, pero Dios le cortó el paso:

—No me vengas con el cuento viejo de la serpiente.

El animal, que andaba todavía por ahí, se subió al árbol y siguió escuchando, con la resignación del actor que hace mutis en una escena repetida mil veces.

—Ahora —prosiguió Dios— dictaré sentencia. Los dos serán expulsados. Tú, Adán, trabajarás para ganarte el pan. Se acabaron los días felices de abundancia. Ahora tendrás que regar la tierra árida con tu sudor para arrancarle frutos escasos. Tú, Eva, por largo tiempo has disfrutado del sexo sin preocupaciones. Ahora sangrarás seis días cada mes, y te embarazarás fácilmente. Al término, parirás con dolor un bebé cuya cabeza será demasiado grande para tu vagina. Te quedarás en casa a cambiar pañales, limpiar pisos y fregar platos. Y tú, serpiente, te arrastrarás por el suelo...

—Espera un momento —interrumpió Adán.

Todavía no acostumbrado a tan bruscos cortes a su inspiración, Dios puso la cara de enfado que Miguel Ángel le diera en un fresco. Pero Adán no lo

estaba mirando: con ojos fijos en la fruta mordida, movía un bulto en su cachete. Tras unos segundos de meditación, dijo:

—¿Sabes qué, Dios? No vale la pena... Te devuelvo tu manzana.

Escupió la masa, que no había tragado aún, y la pegó con saliva, lo mejor que pudo, al resto de la fruta, colocándola luego sobre una rama del árbol prohibido. La serpiente miró de soslayo a los presentes y se arrastró en silencio hasta otra rama. Dios, desilusionado porque el desenlace —preparado tan minuciosamente desde la creación de este universo— había fallado una vez más, abandonó el Jardín y se fue a crear otros mundos, con nuevas variaciones. Adán y Eva siguieron viviendo en el Paraíso, sin trabajar ni parir. Murieron, siglos después, a causa del aburrimiento.

2006

Parábola de la mesa del rey

Aquella mañana salió Yéchua de la choza y se sentó bajo una higuera en la cumbre del monte Erab. Pronto lo rodeó la muchedumbre hambrienta, que lo había seguido desde el lago el día anterior. Calló largo rato, hasta que Yehuda, el discípulo predilecto, le rogó:

– Rabí, enseña a la multitud para que se marche en paz.

Él contestó:

– Enseñaré, pero mi lengua inquietará sus mentes. La paz llegará después.

Y dirigiéndose a la gente, enseñó la siguiente parábola:

Un rey era señor en una tierra que fue muy rica en cereales y ganado. Había sobrevenido una fuerte hambruna y sus súbditos desesperaban por falta de pan. El rey vestía de púrpura y lino, y celebraba espléndidos banquetes para sus familiares, pues en sus bodegas los granos se desbordaban. Un día la hija del rey salió del palacio y contempló la desolación de los mendigos.

Regresó a su padre y le dijo:

– Padre bueno, ¿hay lugar en tu mesa para un familiar más?

El rey se sorprendió, porque ya estaba presente toda su familia, pero respondió que sí. La hija trajo a un anciano hambriento que apenas podía sostenerse. Lo sentó a su derecha y le brindó pan y vino. El rey guardó silencio. La hija volvió a preguntar:

– Padre generoso, ¿hay aún lugar en tu mesa para otro pariente?

El rey accedió nuevamente. La hija trajo a una anciana casi muerta por falta de alimento, y la sentó a su izquierda, dándole de comer. El rey callaba. Levantose la hija una tercera vez y preguntó, con temblor en la voz:

– Padre magnánimo, ¿cuántos puestos hay en tu mesa para mis hermanos?

El rey contempló con tristeza las lágrimas en el rostro amado, se puso de pie y la abrazó. Movido a compasión, dijo:

– Perdóname, hija, pues he pecado.

Ordenó a sus criados:

– Pronto, traed pan y vino. Buscad los becerros mejor cebados y matadlos. Preparad un festín y traed a los hambrientos al banquete de mi mesa.

Buscando un cofre lleno de denarios, los entregó a su hija y dijo:

– Reparte esto entre tus hermanos.

En verdad os digo: el reino de los cielos es como la mesa infinita de este rey, y sus comensales verán el rostro del Padre.

Así habló Yéchua. El que tenga oídos para oír, que oiga.

2006

La creación de Adán

a David Robinson

Movido por el aliento de la vida, me sacudo y salgo de la arcilla. Permanezco suspendido en el sopor acuoso de la oscuridad. Corrientes tibias me traen partículas con las cuales me alimento. Tengo pequeñas patas, y placas en la espalda. Sobre la superficie lodosa palpo mientras avanzo sin saber hacia dónde voy. Presiento algo de luz y de sonido.

Me impulso por el agua, guiado por mis antenas y por la borrosa luminosidad que se cuela entre las olas. Nado un poco. Desarrollo escamas y aletas, y nado más fuerte y rápido. Devoro pequeños seres que flotan a mi alrededor. Miro hacia la superficie del agua y percibo el sol. Veo manchas azules, blancas y verdes. Llego a la costa y salgo a tierra.

Me arrastro sobre la arena cálida. No puedo respirar, así que regreso al agua. Vuelvo a intentarlo. Crecen pulmones en mi pecho, y avanzo tierra adentro. Mi piel se torna verde, para confundirse con el entorno. Mis aletas se truecan en patas con garras y en una cola larga y musculosa. Trepo en los árboles y me alimento de insectos, frutos y hojas.

La tierra es mía y crezco para dominarla. Mi cabeza supera las palmeras más altas, mi fuerza derriba troncos. Persigo y devoro a mis semejantes con poderosos colmillos. Miro al cielo, y quiero alcanzarlo. Me hago nuevamente pequeño y liviano. Mis fauces se convierten en uñas. Mis huesos se ahuecan. Plumas nacen en mis brazos. Echo a volar.

Me paseo por las nubes y contemplo el mar junto a la costa. Soy libre. Tras largo vuelo, vuelvo a tierra y pierdo mis alas. Junto a un río hago mi refugio. Vuelvo al agua, y crecen membranas en mis patas. Mis plumas se afinan y se

convierten en pelos. Mi pico se aplana y vuelven a crecer los dientes en mi boca. Sangre caliente fluye por mis venas.

En cuatro patas corro a través del bosque. El pelambre de mi cuerpo me protege del frío. Cazo a otros animales más pequeños y amamanto a mis cachorros. Mi vista se agudiza. Mi olfato despierta. Entiendo mejor el entorno que me rodea. Veo un árbol cercano y lo trepo. Alcanzo una hoja verde y un insecto; los pongo en mi boca. El sol cae.

Salto a una rama más lejana. Sentado sobre ella, me rasco. Percibo que el bosque se repliega, y vuelvo al suelo para buscar alimento. Los árboles son escasos, así que vivo sobre la llanura. Andar largas distancias es más cómodo si marcho erguido. Con un palo golpeo a un conejo y lo desgarro. El pelo de mi cuerpo se hace menos tupido y siento frío.

Hago fuego. Las piedras filosas son mejores para cazar, trabadas en la punta de un palo. La piel de los bisontes me sirve de abrigo. Sobre las paredes de las cavernas dibujo lo que ven mis ojos. Derrito la roca en el fuego y le doy la forma que quiero. Prefiero la compañía de otros, que cazan conmigo y construyen refugios cerca del mío. Soy el líder del grupo.

Me establezco en un solo sitio. Obligo a la tierra a darme frutos, que cosecho y guardo para la época fría. Una cerca de troncos protege nuestras chozas. Las herramientas facilitan el trabajo. Mis compañeros me entienden, y marco sobre el barro los sonidos de mi boca. Miro el océano y siento que me llama. Me hago al mar en barcos de madera.

El sol está saliendo. Comercio con otros pueblos y acumulo riquezas. Regreso a mi aldea y veo que ahora es un imperio. El rey, que da órdenes según su voluntad, no me reconoce. Bajo su mando trabajo la tierra, y él se lleva la mitad de mis frutos. Temo por mi vida, y por eso le obedezco. Otro rey le hace la guerra, y lo vence. Se sienta en su trono.

Un viejo, que antes me hablaba de los poderes de la naturaleza, ahora me habla del dios Sol, de los dioses, de Dios, del hijo de Dios. Miro al cielo y comienzo a entender los movimientos de los astros. Estudio los cadáveres de los caídos y aprendo a reconocer las partes del cuerpo humano. Sobre la pira quemaron a una vieja, acusada de brujería.

Yo no creo en brujerías, sin embargo. Prefiero creer en los valores del espíritu humano. Ya no quiero trabajar para el rey, que se lleva la mitad de mis granos. Con la espada en mano, obtengo mi libertad. Cultivo mi propia tierra, con cuyos frutos alimento a mis hijos. Sobre el papel calculo, vierto en tinta mis pensamientos, pinto en la tela mis ilusiones.

Los límites entre naciones segmentan la Tierra, y la guerra pronto cubre su faz. Tras la bomba, el terror paraliza a los pueblos. Alianzas se balancean sobre un débil equilibrio. Leo en el diario que aviones dan la vuelta al mundo, que el hombre llega a la Luna, que telescopios hurgan las entrañas del espacio, que una red electrónica interconecta los continentes.

Regreso a casa, me aflojo la corbata y me siento frente al televisor, pensando cómo pagaré las cuentas a fin de mes. De las noticias paso a un partido de fútbol, a un documental sobre la extinción de los leones en África, y al programa religioso de un predicador, Adam Smith, que despotrica contra enseñar la teoría de la evolución en las escuelas. Sorbo mi trago de güisqui.

– ¿Sabes? – le digo a mi mujer. – No entiendo cómo a Darwin se le ocurrió decir que venimos del mono.

2006

Quenta Minasurië

(Cuentos de discernimiento)

De cómo el capítulo XVII no fue el último

a Enrique Jaramillo Levi

Abatido sobre el suelo, en el umbral de la muerte, el caballero dejó caer la cabeza hacia el costado. Logró ver a su viejo caballo intentando huir de la bestia, con lastimoso galope, sin mayor suerte. Más allá, sobre una colina que perfilaba su curvatura en el cielo de la tarde, creyó ver las siluetas borrosas de dos jinetes que también trataban de evadirla. Se palpó el rostro y la barba. Vio que su mano se cubrió de sangre. Quiso alzarse, o al menos girarse de costado, pero no pudo. Sintió una liviandad en la cabeza, como cuando acomete el sueño, y supo que la vida se le apagaba.

—Ved en cuán amarga cuita me sale al paso el fin —suspiró débil, entre labios—. Socorredme en esta hora triste, señora mía.

Una brisa fuerte, del poniente, estremeció las banderas reales y las ramas de un encino.

◆ ◆ ◆

La pluma se detuvo de súbito. Recostándose sobre el escritorio, el hombre cerró los ojos y con el índice masajeó los párpados cansados. Una sensación extraña, como de tristeza o melancolía, le revoloteó en el pecho. Miró por la ventana abierta. Unos niños sucios jugaban con espadas de palo en el callejón. Caía la tarde. La voz del pregonero, algo lejana, le distrajo un momento. Se puso de pie. Miró el bulto de papeles sobre la mesa. Volvió a sentarse. Algo hacía falta aún, presintió; algo no estaba en su sitio. Tomó la última hoja del

grupo y la rompió. Luego reinsertó en otro lugar de la pila de papel las cuatro hojas anteriores. Mojó la pluma nuevamente.

◆ ◆ ◆

El caballero abrió los ojos. Sobre la colina aparecieron las siluetas de los dos jinetes. Alzó la vista y vio al león saltar sobre él y reparar las heridas de su cuerpo con las garras, y luego correr de espaldas hasta la jaula, donde se echó tranquilo. Sintió que su cuerpo era arrojado hacia arriba, en el aire, y el dolor desapareció. El viejo caballo regresó al galope, también de espaldas, y en una cabriola se colocó bajo su cuerpo. La armadura no hizo ruido al desplomarse sobre la silla. Bestia y jinete quedaron quietos frente al carro de los leones. El recuerdo del feroz ataque desapareció de la memoria. Alzándose la rota visera, don Quijote miró al leonero, que esperaba su respuesta. Una brisa del poniente hizo volar las banderas.

2006

Es mi vida

a Alejo Carpentier

«Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas»
— de Viaje a la semilla

Del piso llueven hacia el techo gotas rojas, que se funden en una mancha grande. La sangre se desploma desde el cielo raso, en una violenta implosión de mi cabeza. La bala entra, recomponiendo los huesos de mi cráneo, y sale por mi mandíbula, succionando el humo y el fuego, encerrándolos en el casquillo, que se enfría de súbito dentro del tambor del revólver.

—¿Qué he hecho? —me pregunto en soledad.

Quito el arma de mi barbilla, la enfundo en el cinto y bajo el rostro. Una foto de mi esposa vuela del suelo a mi mano; la guardo en el bolsillo tras una breve mirada nostálgica.

Siento arrepentimiento. De mi boca el güisqui fluye al vaso, y de ahí trepa —serpiente de oro— al interior de la botella. Escapando de las fibras de la alfombra, una lágrima se catapulta hasta mi mejilla y escala lentamente hacia el ojo, escondiéndose en la comisura. La culpa me perfora el alma. Mi saco salta de la cama al hombro, y retrocedo hasta la puerta. Apago la luz al salir de algún cuartucho de motel. En reversa, manejo camino a mi casa. La noche desaparece poco a poco, y el crepúsculo incendia el cielo de la tarde.

No respondo.

—¿Qué te pasa? —pregunta mi mujer.

En la gaveta escondo el revólver. Trato de disimular mi desesperación. Salgo por la puerta, que mi esposa cierra, sonriente. Retrocedo velozmente rumbo

al laboratorio. Positivo. La enfermera sonríe y recoge de mi mano un papelito verde.

—¿Ya están los resultados? —pregunto y salgo del laboratorio.

Espero una hora en la cafetería del primer piso. El humo viene de los pasillos, de la ventana, del cuarto mismo, y se insufla en el cuerpo ardiente de varios cigarrillos que renacen de las cenizas y se apagan al contacto con el fósforo. Subo al cubículo nuevamente.

—Puede esperar abajo si desea —me dice la enfermera.

Enrollo la manga de mi camisa de seda y ella anuda un caucho en mi brazo. Toma una ampolla de sangre, la carga en la jeringa y la inyecta en mi vena. Suelta el caucho, guarda la jeringa herméticamente en un empaque y la pone en un frasco.

—Siéntese aquí, por favor.

Tengo miedo. Le anuncio:

—Soy el que llamó hace un rato, para un examen de sangre.

Salgo de la sala de espera, y vuelvo a la calle: el tráfico me atrapa. Retrocedo con destino a la oficina, preocupado.

Veo lágrimas en su rostro pálido.

—¿De qué me estás hablando? —le inquiero, pero no dice nada más.

—Debes hacerte un examen de sangre —susurra en mi oído.

Le doy un abrazo y se me aleja. El recuerdo de aquella noche me entretiene un segundo. Noto que el escote deja ver parte de sus senos. Va a ser un día largo y me alegra encontrarla de nuevo, con su blusa liviana. Adis retrocede por el pasillo, cargando unos cartapacios. Trabajo todo el día, pensando en la Serie Mundial y en la maldita copiadora que no quiere terminar de tragarse las copias y se destraba a cada minuto.

Ella regresa de su puesto. El vapor pasa del aire al café; y el café, de mi boca a la taza. Ella no dice nada; solo me mira largo rato, en silencio.

—¿Te pasa algo? —pregunto.

Me dice que una taza no le caería mal. La noto algo ansiosa.

—¿Quieres un café? —le pregunto.

Saber que nadie sospecha de lo nuestro hace la mañana más emocionante. Dejo a Adis en el cuartito del café. Salgo de la oficina, de vuelta al tráfico, de regreso a la casa. El sol de la mañana se está poniendo.

—¡Qué bonito, campeón! —digo, por decir algo.

Mi mujer me muestra, durante el desayuno, un dibujo que mi hijo hará con crayones.

Hasta aquel día no podré dejar de pensar en el encuentro, y siento deseos de repetirlo. Esta mañana me acuesto junto a mi esposa, como siempre, y me duermo. Pasan varios días de trato frío, silencio y caras largas.

—¡Es mi vida! —le grito, y mi mujer salta desde el suelo, dejando de llorar y estrellando su rostro contra mi puño, que retrocede y apaña la camisa manchada de lápiz labial, que ella restriega en mi rostro.

—¿Con quién andabas? —me increpa.

Cuando huele el perfume ajeno y ve la mancha roja en el cuello, la expresión de ira se desdibuja y aparece esa sonrisa que me enamoró cuatro años después. Me da un beso, y me abraza, tierna como una niña. Me mira desde la puerta, mientras retorno a la oficina.

Yo salgo después y ella primero, para no levantar sospechas. Nos desvestimos tranquilamente. El orgasmo me acomete de súbito. Noto el contraste entre la madera fría y la tibia desnudez de su cuerpo. Nos vestimos ansiosos con las prendas de ropa que vienen por el aire desde lejos: los botones saltan de los rincones a trabarse en los ojales. Mientras nos ponemos de pie, con mi brazo barro el escritorio, que se llena de papeles y otros objetos. Los besos se van haciendo menos apasionados, mientras nos alejamos de la mesa. Ella está entre mis brazos, y ambos sabemos que se ha ido el momento que tanto esperamos.

Al fin no estamos solos. Llega el último de nuestros compañeros de trabajo. Espero una hora. Va a ser un buen día, y la adrenalina del éxito por venir corre en mis venas. Siento deseos de celebrar. Un cosquilleo, como de adolescente, me recorre. Adis me sonríe. La veo retrocediendo en el pasillo, con su blusa

liviana, y le guiño un ojo. ¡Qué buena noticia que vamos a ganarnos ese gran contrato!

2006

Res una sumus

«la vida es una especie de ajedrez»

— Benjamín Franklin

Que resultó tras siglos de un juego de ejércitos opuestos, perfeccionado por hombres de diversos pueblos y tiempos. Que el sabio Sisa lo creó para demostrar a un rey persa su dependencia de los súbditos. Que Hermes lo concibió —obra cumbre del hombre cumbre— como regalo a sus descendientes. Que Adán lo ideó durante su ocio en el paraíso. Son teorías falsas.

La humanidad ha conocido el ajedrez por dieciséis siglos, cinco en su forma actual. Pero no es su hechura: el ajedrez fue descubierto, no creado. Estaba ahí desde el primer instante en que algo existe. Dos dimensiones bastan: sobre el plano segmentado, ausencia y presencia de luz, se baten los bandos. Sus movimientos se derivan de teoremas básicos, euclidianos en su simplicidad: el rey, razón de ser, mueve un espacio en cada eje o en ambos. La reina prolonga al límite el movimiento de aquel. La torre es negación de los movimientos oblicuos de esta. El alfil, lo inverso. El caballo hibrida a ambos, limitado. El peón emula solo a uno, minimizado, hacia el contrario.

Fuera del tiempo y el espacio, imaginando el universo antes de crearlo, Dios verificó que en la contemplación de un mundo bidimensional ya está implícito el ajedrez, inevitable consecuencia del plano y la polaridad. Dicen los citros que Alá creó a Satán para tener a quién vencer en el tablero. No podía derrotarse a sí mismo jugando perfectamente un juego perfecto: Dios contra Dios es siempre tablas.

Enuncian que existen infinitas variaciones del ajedrez, y que la conocida por el hombre es solo la más simple, la única que nos resulta comprensible.

Aseveran que nuestro universo, el cual excede nuestro entendimiento, es la variante más compleja del ajedrez aún asequible a la percepción humana. También en esta el Diablo es el único oponente capaz de aliviar a Dios la carga de la soledad. Las leyes inmutables de la física, que apenas comienza a descubrir nuestra ciencia, son las reglas básicas en esta versión del juego. En ellas están predeterminados el hombre y las estrellas, como el gambito de dama lo está en la vertiente que practicamos. Insisten los citros del Sahara en que hay especies del ajedrez aún más complejas que el universo visible, y que Dios sigue encontrándolas y agotándolas sin fin.

2006

Papel y tinta

a Héctor Collado

«nunca lo dice, o tal vez lo dice
infinitamente y no lo entendemos»

— Borges

Cuando terminó el conversatorio y bajé del escenario, me cortó el paso una joven monja, con expresión de extrañeza tras los anteojos.

– ¿Qué quiso decir con su respuesta?

– Así que usted envió aquella pregunta al moderador – dije sonriendo.

– ¿Qué quiso decir – insistió ella – con eso de la hoja en blanco?

– Normalmente dejo que mis respuestas se expliquen solas – acoté – pero ya que usted me lo pide... Usted preguntó a los escritores de la mesa principal qué quisiéramos que se escribiera sobre nosotros si fuésemos una hoja de papel. Al responder que prefería seguir en blanco me refería a que, sin importar la maestría del texto que haya sido escrito sobre ella, una hoja usada pierde la potencialidad, que poseía cuando estaba vacía, de convertirse en cualquier texto, de albergar una nueva idea o sentimiento. Me rehúso a ceder esta libertad indefinidamente.

– Ya veo – asintió.

Empecé a caminar, pero ella me detuvo nuevamente.

– ¿Me permite reformular la pregunta?

No hizo falta mi aprobación, porque ella continuó.

– Si usted fuese un papel en blanco, que por un designio inevitable, del destino si se quiere, va a recibir sobre su pureza la mancha de la pluma, ¿qué querría que se escribiera sobre usted?

Intuí que aquella joven buscaba con esta pregunta, la cual según supe luego presentaba a múltiples escritores en conversatorios, una respuesta al problema de su propia virtud.

– ¿Cuánta tinta tiene? – pregunté.

– La que haga falta.

– Entonces quisiera que la derramara toda sobre la hoja, hasta dejarla por completo negra.

La expresión de extrañeza reapareció, así que me anticipé.

– Porque así, todas las posibilidades coexistirían en mí, al mismo tiempo. Todas las páginas maestras de la literatura, del pasado y del futuro, estarían prefiguradas en mi superficie. Juntas, ya escritas, ahí mismo, en un solo momento.

2006

Inocencia

a Jack London

El rostro congestionado, la piedra en la derecha dura alzada tras la espalda, mientras la izquierda aprisiona el cuello contra el suelo resquebrajado. Y la voz en la oreja:

«Golpéalo, Caín.»

Los ojos rojos se alzan al cielo, y luego perforan al hermano que asustado hiperventila en tierra. Y la voz persistente:

«Caín, adelante, Caín. Golpéalo ahora.»

– No puedo.

El puño se aferra más al cuello desnudo, hinchando los vasos sanguíneos. El hermano no lucha; se queda quieto sobre el polvo, esperando su suerte.

«Caín, la piedra ya está en tu mano. Hazlo ahora...»

– No quiero. Es mi hermano...

La piedra golpea la hierba. Caín se deja caer de espaldas, y llora de rabia. Abel se levanta, lo mira y huye triste.

«¿Qué has hecho, Caín? Lo dejaste ir, sabiendo que es el preferido. ¿Por qué?»

– No lo sé.

o - O - o

Bitácora. 23 de agosto de 2179. El clon C4027 demostró más potencial que los modelos anteriores. Su agresividad es notable. Ante el estímulo, mostró una reacción más violenta y sostenida, como lo certifican los niveles de adrenalina y cortisol en sangre. Al igual que los clones anteriores de la serie C4000, éste derribó al sujeto y lo aprisionó en el suelo con su puño. C4027 encontró la piedra y la tomó en su mano, un avance significativo. Pero el clon dudó en

medio del ataque y lo abortó sin efecto. Algo, que no entiendo, lo detuvo. Esto parece corroborar que estamos todavía lejos de desarrollar un clon con la agresividad suficiente para la guerra. En una nota personal, temo por la suerte del proyecto. No sé cuánto tiempo más nos darán. El General ya pierde la paciencia. Lo noto más agitado cada día.

2007

Quenta Ósanwë

(Cuentos de pensamiento)

El peón

a Capablanca

Creo que habría dormido una media hora, a la sombra de un caobo, cuando me despertó el crujir de una rama. Uno de los niños del pueblo había venido hasta la torre, y me miraba de pie como un soldadito, sucio y desnutrido, pero con aplomo. Me extendió una caja que traía bajo el brazo, y con pena me dijo:

—Don Pablo, ¿usté me podrá cambiá esto por otro juguete?

Era un juego de ajedrez, el único entre docenas de regalos que habíamos repartido en la fiesta de Navidad el día anterior. El niño, de pelo rebelde y mirada aguda, tendría unos doce años. Yo mismo le había entregado el regalo el día anterior, creyendo que por ser uno de los más grandecitos, podría apreciar el juego mejor que los más pequeños.

—¿No te gusta tu regalo? —pregunté—. Mira que a mí me gustaría mucho que me regalaran un tablero de ajedrez...

El niño volvió a contemplar la caja de colores, y la sacudió como una maraca. Cuando alzó los ojos, percibí en su rostro algo de hastío. Imaginé que, tras un día mirando de lejos a los otros niños del pueblo jugar con sus pelotas y carritos nuevos, se sentiría menoscabado con ese tablero de cuadritos y esas piecitas de formas raras. Sentí empatía en aquel momento, pero me resistí a caer en el prejuicio de pensar que un niño pobre de una aldea remota en un país de tercer mundo no puede apreciar la belleza de los escaques.

—¿Sabes al menos cómo se juega?

Negó con la cabeza, tímidamente, sin mirarme. En la pantalla de mi computadora portátil, vi que la barra de progreso indicaba cuarenta y cinco por ciento de avance en la configuración del radio microondas que habíamos instalado Jorge y yo esa mañana. «A este ritmo —pensé— falta por lo menos una hora

más para que termine de configurarse». Sabiéndome poseedor de un buen lapso de tiempo libre, decidí hacer del mundo un mejor lugar, enseñando a ese pequeño lombriciento las reglas del juego inmortal.

—Ven, que te enseño —le dije.

Como quien recibe la orden de hacer tarea, se sentó con desgano frente a mí. Me estiré un poco, para terminar de despertarme, y vacié el contenido de la caja en la mesa de madera que nos había prestado el día anterior don Felipe, el maestro de la escuela primaria.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, mientras separaba las piezas por color y clase.

—Manuel —me respondió parco.

—¿Y esa es tu hermanita? —inquirí, apuntando a una niña más chica, de unos siete u ocho años, que había llegado un segundo antes, con una pelota de fútbol en las manos y un aire de nada que hacer.

—Es mi prima. Se llama María del Carmen, pero le decimos Mari.

—Bueno, presten atención los dos, que les voy a enseñar cómo se juega al ajedrez.

María soltó la pelota y se enfocó en el tablero. Manuel repitió su gesto de tedio y siguió con los ojos la pelota que rodaba perezosa hasta el pie de la torre.

Tras una breve introducción, donde hice referencia al origen desconocido y antiguo del juego, demostré a los dos niños el movimiento de cada pieza: el rey, la dama, el alfil, el caballo, la torre y, finalmente, el peón.

—Peón como papa —acotó Mari, lamiéndose, en el sudor del labio superior, algo de moco y de tierra del camino.

—Sí, peón como tu papá —respondí, aunque no conocía al padre—. Los peones son muy importantes en el ajedrez —agregué, tratando de darle a mi joven audiencia algo que los conectara al juego.

Cuando llegó el momento de explicar el jaque, el mate y las tablas, Manuel ya andaba trepando las ramas del caobo con la mirada, buscando alguna iguana escondida entre las hojas. Mari, al contrario, se mantuvo embebida aun durante la árida explicación del peón al paso y del enroque largo y corto.

—Bueno... esas son todas las reglas del juego, Manuel. Ahora puedes regresar al pueblo y enseñárselas a algún amiguito de tu edad, para que jueguen el primer partido, ¿te parece?

Manuel, que escuchó su nombre, tomó unos segundos para conectarse de vuelta a la conversación de la mesa, y se quedó pensando en silencio, echándole miradas cortas a la pelota de fútbol.

—¿No le queda otra pelota? —me preguntó, casi suplicando que lo librara de aquella penitencia.

—Manue, cogé la mía y yo me quedo con er ajendré[14]... —propuso María, para mi sorpresa.

No había terminado de hablar la niña cuando ya Manuel había agarrado la pelota y salido corriendo de vuelta hacia el pueblo, despidiéndose con un largo grito de «Nos vemos, don Paaablooo...».

Miré a María del Carmen, con algo de escepticismo. Siendo que le había tocado una pelota en la repartición, no era muy probable que se arrepintiese de haber hecho aquel canje. Pero en el fondo pensé que tal vez debíamos haberle regalado una muñeca a la pobre niña, en primera instancia. En esos pensamientos estaba cuando apareció Jorge, con un racimo de pipas verdes y un machete.

—¡Voy retando![15] —gritó, riéndose.

—Si quieres echamos un partido de una vez —respondí—, porque el alumno se me fue huyendo.

Jorge abrió tres pipas, vertió el agua en nuestras cantimploras y en un vaso para la niña, y se sentó frente al tablero. Ante mi apertura de peón de rey, Jorge escogió una línea de la siciliana, el dragón hiperacelerado, que había aprendido en un libro y venía puliendo desde hacía meses. Jorge y yo jugábamos ajedrez regularmente, y nos conocíamos las mañas. Durante nuestros viajes de campo, instalando antenas de microonda para dotar de Internet a las escuelas de rincones remotos del país, nos sobraba tiempo para largos y virulentos partidos. Habíamos *birriado*[16] esta línea de apertura muchas veces antes, por lo que las

[14] *ajendré*: deformación de *ajedrez*.

[15] *ir retando*: tener el turno de jugar contra el ganador de la partida en curso.

[16] *birriar*: jugar algo en exceso, en sesiones largas e intensas.

primeras movidas fueron rápidas. Pero entrando en la batalla, un ritmo más lento se apoderó del juego.

Para mi desilusión, el primero terminó en tablas por jaque perpetuo a la altura de la movida treinta y pico. Hubiera preferido un mate, para que María, que había contemplado en silencio el tablero durante la media hora que duró el juego, presenciara algo de sangre que le avivase el interés.

Viramos los colores y empezamos un nuevo partido. Para mi alegría, este lo gané de forma convincente: un Ruy López abierto que desembocó en un agresivo ataque al flanco de rey de Jorge, con un final muy interesante donde el rey de Jorge no pudo detener el avance de dos de mis peones. Derrotado, Jorge se puso de pie y me dio la mano:

—Buen partido —me dijo—. Me voy a cambiarle el agua al canario[17] y a partir otras pipas, para limpiar los riñones. Ahora te toca jugar a ti, mija —agregó, dándole a María el asiento—. El que pierde se para, y el que va retando se sienta.

María se sentó frente a mí, con las piezas negras, pues como ganador yo tenía derecho a las blancas.

—¿Quieres jugar? —le pregunté. María se encogió de hombros y asintió con modestia—. Vamos a que juegues tu primer partido. Yo te refresco las reglas si no te acuerdas. Y dale sin miedo, que a jugar se aprende jugando...

Abrí con peón de rey, y María me respondió con siciliana. «Muy bien —pensé—, está imitando las movidas de Jorge». Durante los primeros diez turnos, para mi sorpresa, siguió repitiendo una por una las movidas que Jorge había hecho en el juego anterior, todas en la línea principal del dragón hiperacelerado. «Tiene muy buena memoria la niña —me dije—, eso es bueno. Pero yo quiero que piense por su cuenta, para que aprenda a jugar». Decidí entonces salirme de la línea, y realicé una movida distinta a la que había usado contra Jorge, quien ya había regresado de orinar y había traído una nueva ronda de agua de pipa.

—¿Están analizando el partido anterior? —preguntó Jorge.

—No, es un juego nuevo —respondí.

[17] eufemismo por ir a orinar.

Jorge levantó las cejas, y se acercó al tablero.

—¿Estás saliéndote del *book*[18]? —inquirió.

—Para forzar a la periquita esta a dejar de repetir tus movidas y jugar por su cuenta.

Indiferente a mi comentario cáustico, María respondió de inmediato con una movida agresiva.

—Así no se debe jugar, Mari —le dije, aprovechando para darle una lección sobre el juego—. Tienes que pensar tus movidas antes de hacerlas, porque el ajedrez es un juego de pensamiento.

—Pero mira que no es mala la movida —señaló Jorge, tras analizarla en silencio.

A mi respuesta, que me tomó unos dos minutos, volvió María a contestar rápidamente, y así por varias movidas más, hasta que mi posición comenzó a lucir menos prometedora que la de mi joven contrincante. Jorge comenzó a reír:

—¡Cuidao, pué, que esta zambita[19] no es manca[20]! —disparó Jorge, sacando una libreta—. Déjame anotar estas movidas. ¿Hace cuánto le enseñaste a jugar?

María se paró de súbito.

—Voy a cambiarle el agua al canario.

En su ausencia, Jorge y yo discutimos la posición y concurrimos en que María se encontraba en una posición perfectamente sólida, mientras que mi rey estaba comenzando a recibir más atención de la que debería de parte de las piezas contrarias. Discutimos entre los dos —algo no muy ético— cuál sería mi mejor respuesta en esa coyuntura.

Cuando María regresó, ejecuté esa movida en el tablero. La niña ripostó enseguida:

—Jaque.

En efecto. Un jaque a la descubierta, que a primera vista parecía no tener mayor veneno. Respondí.

---

[18] *salirse del book*: en ajedrez, apartarse de las líneas teóricas de una apertura.

[19] *zambito, ta*: niño, niña; por lo general pobre o travieso.

[20] *no ser manco*: saber defenderse.

—Jaque —repitió mi contrincante, tras mover rápidamente, con la misma voz fría de la primera vez.

En este punto, Jorge y yo nos acercamos más al tablero, y luego nos miramos en silencio. Una cacería de rey se estaba insinuando poco a poco. Moví. María volvió a jaquearme, capturando mi caballo al mismo tiempo. De ahí en adelante, una cascada de jaques forzaron a mi rey desde su esquina hasta el medio del tablero, donde un alfil y una torre de María del Carmen lo finiquitaron nítidamente.

—Maque —dijo la niña.

Jorge se tiró en el suelo, con un ataque de risa. Yo me paré del tablero, cubriéndome la boca con ambas manos.

—Se dice *mate*, no *maque* —corrigió Jorge, casi ahogado de reírse.

—No se ría, que ahora le toca a usté... —sentenció María del Carmen, señalando a Jorge con su pequeño dedo sucio, mojado en agua de pipa.

◆ ◆ ◆

El maestro, don Felipe, nos trajo una batea con tres vasos de guarapo y media docena de panes de maíz. Se sacudió la mano derecha, posiblemente para relajar la muñeca, tras haber pasado toda la mañana tomando notas sobre cómo usar la conexión de Internet en la computadora nueva de la escuelita. Creamos cuentas de correo electrónico para el maestro y cada uno de los estudiantes del cuadro de honor. En un pequeño seminario, les enseñamos cómo buscar información básica en Google.

De acuerdo con su tradición, Jorge —que tiene la cara de palo— le dio al maestro del pueblo una sesión aparte, para enseñarle cómo encontrar fotografías interesantes de féminas en vestimenta escasa, «cuando la computadora estuviese ociosa». Con la mayor seriedad en el rostro, Jorge me aseguraba que esto brindaba a los maestros un incentivo personal para mantener la conexión de Internet funcionando bien, «lo que beneficia al proyecto en el largo plazo».

Sea como sea, la conexión a la red era un evento importante, pues por primera vez, la escuela primaria Francisco Gutiérrez tendría una ventana cibernética al mundo que la rodeaba. El proyecto de la antena microondas

y la computadora había sido financiado con un paquete de ayuda de un gobierno extranjero. Pero la fiesta de Navidad, simultánea a la instalación del equipo, y sus respectivos regalos habían venido por cortesía del legislador de turno, que con el desinteresado gesto buscaba de soslayo asociar su nombre al acontecimiento, confiando en que los votantes de Llanos de Mensabé se acordarían de él en las elecciones del siguiente año.

Antes de irnos, había querido conversar con don Felipe sobre los eventos del día anterior. Le conté del incidente bajo el caobo, de cómo María del Carmen, su estudiante de segundo grado, había aprendido a jugar ajedrez en unos cuantos minutos, y nos había derrotado a su gusto en una docena de juegos al hilo. El maestro, que entendía apenas parcialmente lo que esto significaba, trataba de encontrarle una explicación al fenómeno.

—¿No será que este sinvergüenza —dijo señalando a Jorge— le estaba soplando las movidas[21]?

—¡Qué va! Jorge no juega tan bien como esa niña. Yo jamás había visto algo así —respondí.

—Y supongo que doce juegos ganados uno detrás del otro no pueden ser coincidencia...

—Nunca —acotó Jorge—. Sería como ganarse los tres premios de la extraordinaria[22] doce veces seguidas, con un solo billete en cada sorteo. ¡Es imposible!

El maestro calló. Sorbió el guarapo del vaso de aluminio, y miró por la puerta abierta. En la plaza del pueblo, frente a la mustia iglesia, jugaban los niños con la pelota de Manuel, entre ellos María del Carmen, en un vestido rosa sucio y sudado.

—Bueno, Mari es una estudiante muy callada. No ha demostrado en la clase una inteligencia superior, digamos, a los otros niños de su edad. Es promedio en muchos sentidos.

—Podría ser un talento específico para el ajedrez. Esos casos se han dado —respondió Jorge—: están Capablanca, Reshevsky, Fischer, Carlsen...

---

[21] *soplar*: decirle a alguien en secreto qué jugadas hacer para ganar.

[22] *la extraordinaria*: sorteo especial de la Lotería Nacional de Beneficencia, con premios mayores.

—Pero creo que ninguno de ellos era tan bueno a tan temprana edad —acoté—. ¿Siete años? Por Dios.

—¿Y la niña juega muy bien, dicen ustedes? —preguntó el maestro, todavía incrédulo.

—No es que juegue bien, don Felipe, es que juega perfecto. Mire, Jorge y yo nos turnamos anotando las movidas de cada uno de los partidos. Jorge tiene un programa que analiza movidas de ajedrez, y en la noche puso la computadora a estudiar las movidas de María. El programa indica que la niña no cometió ningún error en doce partidos. Trescientas movidas perfectas, una detrás de la otra. Ni siquiera Capablanca, el jugador más talentoso en la historia del juego, era tan bueno a esta edad. María podría ser un caso sin precedentes.

El maestro guardó silencio. La magnitud de nuestro mensaje había apenas empezado a asentarse en su cerebro.

—Yo de ajedrez no sé nada —dijo al fin—. No sé qué valor o qué futuro puede tener una habilidad como esta. ¿Qué creen que debemos hacer al respecto?

Jorge y yo guardamos silencio. La pregunta nos agarró desprevenidos, pues nosotros estábamos en los Llanos de Mensabé como contratistas del gobierno para el proyecto de la antena, no como representantes del Ministerio de Educación. Pero era fácil entender lo que el maestro quería decir: le estábamos revelando que uno de sus alumnos tenía un don especial, y le abrumaba la idea de no ayudar a la niña a aprovecharlo de la mejor forma posible.

—Bueno —dijo Jorge—, yo estuve pensando mucho anoche. Casi no pude dormir. Jamás había visto algo como esto. Pensé en el Torneo Nacional, que es el mes que viene, pero no sé si las inscripciones todavía estén abiertas. Si no, hay torneos internacionales abiertos, donde los premios son de miles de dólares, pero no sé si niños tan chiquitos pueden participar. Tendría que averiguar...

—Lo que Jorge quiere decir —le dije al maestro, interrumpiendo a Jorge— es que esto puede cambiarle la vida a María y a su familia. Va mucho más allá de un torneo nacional o internacional. Es una oportunidad para que María salga adelante, se haga de un nombre en el mundo, ayude a sus hermanos a estudiar... Aparte de los premios, podría recibir becas para asistir a una buena

escuela, y luego a una buena universidad en el extranjero. Si lo que pasó ayer no fue una anomalía, sino el resultado de su talento, no hay límites para lo que María puede conseguir con el tablero.

◆ ◆ ◆

El tono de espera sonó unas cinco o seis veces antes de que contestaran. Al otro lado, la voz áspera y honda me indicó que Fulgencio seguramente estaba durmiendo la goma[23] cuando lo despertó el teléfono.

—Maestro Fulgenciov —le dije, distorsionando su nombre en la forma típica de nuestros saludos—. Le tengo una sorpresa que lo va a tumbar de la silla.

—¿Quién habla? ¿El maestro Pablov[24]?

Eso de *maestro* me lo decía por cariño, porque yo apenas si era un jugador clase A. Fulgencio, sin embargo, sí tenía el título de maestro internacional de ajedrez, uno de los pocos en Panamá que habían logrado llegar a ese nivel, superior al escalón de maestro nacional.

—*Brother*, te encontré al primer gran maestro panameño. Es una niña. Te la voy a llevar al club. ¿Cuándo vas a estar por ahí?

—¿El primer qué? ¿Cómo así que lo encontraste? No sé de qué carajo me estás hablando, Pablo, pero si quieres venir a la *birria*[25], esta tarde los pelaos[26] y yo vamos a estar entrenando para el Nacional. Puedes llegar al club si quieres.

Los «pelaos» eran la Selección Nacional de Ajedrez, que —tal y como yo esperaba— estaban entrenando para el Campeonato Nacional, con Fulgencio como entrenador. Simultáneamente con la categoría abierta —compuesta casi exclusivamente de varones adultos—, se realizarían campeonatos en las categorías infantiles y juveniles.

Llegamos al club temprano, media hora antes de la hora oficial de la práctica. Quería hablar con Fulgencio antes de que llegaran los demás miembros

[23] *dormir la goma*: dormir mientras se pasa la resaca.
[24] *Pablov*: deformación de *Pablo*.
[25] *birria*: sesión de juego informal entre amigos, larga e intensa.
[26] *pelao*: aquí, muchacho.

del equipo. Además, quería que María del Carmen y su mamá se aclimataran al sitio, y al ambiente ruidoso y desordenado del club. Para madre e hija, era la primera vez que visitaban la capital, y de hecho la primera vez que salían de Llanos de Mensabé.

Doña Alicia, la madre de María del Carmen, se sentó en silencio en una silla, en una esquina, con su bolso de mano sobre el regazo. Era una mujer delgada y callada, no muy alta, y envejecida precozmente por el trabajo duro de la vida en el campo. María del Carmen andaba con una bolsa de boliqueso[27], los dedos manchados de amarillo, caminando por el club, mirándolo todo.

—Te traigo a alguien para que la inscribas en la categoría abierta del Campeonato Nacional —le dije a Fulgencio.

—¿Quién? ¿La niña? Pero maestro Pablov, para eso está la categoría infantil femenina. Ahí puede competir con otras niñas. Está muy chiquita... ¿ya sabe jugar?

Fulgencio miró a María del Carmen, que de mala gana se estaba dejando limpiar los dedos con una toalla húmeda que traía su madre. Me miró entonces a mí, y me dijo:

—Mejor para el próximo año. Yo te aviso con tiempo para que...

—Fulgencio —lo interrumpí—, quiero hacerte una propuesta. Juega un partido con la niña. Si tú le ganas, te doy mil dólares.

—¡Jo! El maestro Pablov tiene ganas de perder plata hoy —replicó Fulgencio riendo bulliciosamente, con el rostro congestionado.

Fulgencio andaba siempre corto de dinero. Varias veces en el pasado había tenido que prestarle de apuro para pagar la pensión alimenticia de algunos hijos que tenía regados por el mundo. La última cuenta que supe era seis hijos con tres mujeres distintas. Su salario de profesor de Educación Física no le alcanzaba siquiera para los tres que tenía en la casa. Yo sabía, entonces, que tentarlo con dinero era una forma segura de que aceptara el absurdo reto que le proponía.

—Pero si la niña te gana, quiero que tú mismo la inscribas en la categoría abierta del Campeonato Nacional. ¿De acuerdo?

---

[27] *boliqueso*: golosina barata y salada, de bolitas crujientes de maíz con sabor a queso.

—Mira, la práctica comienza en veinte minutos, así que te voy a seguir la corriente, pero tiene que ser uno rápido, a diez por bando.

Llamé a María del Carmen y la senté frente a un tablero. Tuve que convencer a la madre de que dejara a la niña pararse sobre el asiento, para ver mejor.

—Estas fichas son más grandes —comentó María. Luego, mirando a Fulgencio, le preguntó—: ¿Usté también juega ajendré?

Fulgencio, que estaba preparando las fichas sobre el tablero, y ajustando el reloj a diez minutos para cada jugador, solo se sonrió. Le cedió las fichas blancas a María, para darle la ventaja de la primera movida.

—El señor es un maestro de ajedrez, María —le respondí.

Giré el tablero para darle las blancas a Fulgencio, quien me miró con una expresión de «como gustes», y abrió moviendo un cuadro el peón de alfil de rey. María, que no había visto esta apertura nunca, pues ni Jorge ni yo la jugamos por considerarla inferior, respondió con aplomo y en su característico estilo rápido.

—Cuando mueves, tienes que apretar el botón del reloj, María —le dije.

Con su manita, todavía manchada de queso amarillo, María le dio un golpecito a la perilla negra, que se hundió y echó a andar el tiempo del contrincante. Fulgencio, en parte por estar acostumbrado a jugar rápido en el club, y en parte para impresionar a la niña, respondió también rápidamente, sin pensarlo. Sacudía el muslo derecho insistentemente, con una mano en la mejilla. Así pasaron las primeras diez movidas, Fulgencio echándole miradas cortas a la niña, y María enfocada completamente en el tablero.

A la altura de la movida quince, Fulgencio intentó un ataque prematuro contra el flanco de dama, que la niña castigó capturando un peón. Fulgencio, contrariado, se chupó el labio y me miró.

—Vamos a ver, Pablo, ¿dónde está el truco? ¿Le estás soplando las movidas? ¿Qué tienes ahí en la mano, una computadora?

Le mostré a Fulgencio lo que tenía en la mano: una inocente libreta de papel, donde estaba anotando el partido.

—Juega —le espeté.

Fulgencio volvió al juego, y pensó durante largo rato. Tras una pausa, intentó una combinación para recuperar el peón. Pero María la refutó rápidamente, ganando una pieza en unas cuantas movidas más. El reloj de Fulgencio en este punto indicaba que le quedaban solo dos minutos, mientras que el de María del Carmen todavía tenía nueve de los diez minutos disponibles.

—¿De dónde sacaste a esta niña? —me preguntó Fulgencio.

—De un pueblito que no has oído mencionar en tu vida, compadre.

Fulgencio peleó por unas quince movidas más, poniéndose de pie para ver mejor el tablero. Al final, con una torre arriba, María del Carmen amenazaba darle un pronto mate en la octava fila al rey blanco. En este punto, Fulgencio lo tumbó, indicando que se rendía. Ya casi no le quedaba tiempo a su reloj, y de todas formas el mate era inminente. María del Carmen se puso de pie, y le extendió la mano:

—Buen partido —dijo.

Fulgencio le estrechó con cuidado la manito delicada, con una expresión de espanto en el rostro, como si hubiera presenciado la resurrección de Lázaro. Alrededor de la mesa se encontraban unas quince personas que venían a la práctica, y que habían quedado cautivas ante el espectáculo del tercer mejor jugador del país siendo derrotado por una niña de siete años con los dedos manchados de boliqueso y con mocos en las ventanas de la nariz.

—Maestro Pablov, creo que usted me está tomando el pelo —me dijo Fulgencio—. De alguna forma estabas diciéndole a la niña qué jugar. No sé cómo lo hiciste, pero es la única explicación.

—Te lo juro que no.

—Pero es que... bueno. Vamos a ver —dijo, riendo.

—Recuerda lo que me prometiste —le insistí.

—Sí, pero eso fue antes de que supiera que ibas a hacer trampa —me dijo, con un timbre de duda y mirando a la niña de reojo.

—Fulgencio, esto es real. La niña jugó sola...

Sin decir palabra, el maestro armó dieciséis tableros, cuatro en cada una de las cuatro mesas que se encontraban en el salón principal del club. Luego indicó a los ocho mejores miembros de la categoría abierta y a las ocho mejo-

res jugadoras de la categoría femenina adulta, que ya habían llegado para la práctica, que se sentaran en el lado de las blancas de cada tablero.

—Jóvenes ilustres —anunció Fulgencio—, este señor que está aquí es mi amigo, el ingeniero Pablo Escudero. Yo estoy convencido de que Pablo quiere verme la cara de pendejo. Ha traído a una niñita desde canto del rayo, y dice que le ha enseñado a jugar ajedrez. Ustedes vieron la limpia que me acaban de meter[28], y yo voy a averiguar cómo lo está haciendo. Así que vamos a hacer una simultánea: la selección abierta en este lado, la femenina en este otro. Tomen ustedes las blancas. Pónganle una hora a su reloj y diez minutos al reloj contrario.

Fulgencio me miró fijamente. Semejantes condiciones adversas son inauditas en una simultánea. La idea de una simultánea es que un maestro juegue contra múltiples jugadores inferiores a la vez. Tradicionalmente, el maestro recibe las blancas, y los relojes marcan al menos igual tiempo para ambos bandos. Pero Fulgencio estaba haciendo todo al contrario: maestros nacionales jugarían contra una niña que había aprendido las movidas hacía menos de dos semanas, donde el lado considerado más débil recibía las fichas negras y apenas un sexto del tiempo en el reloj.

Aplacando las protestas de algunos jugadores que veían las condiciones como una injusticia, y de otros que pensaban que todo el asunto era una pérdida de tiempo, Fulgencio inició todos los relojes, y ordenó:

—Jueguen. Si Pablo y la niña están haciendo trampa con una computadora, el truco les va a fallar en una simultánea. Y tú —agregó, mirándome a mí—, tú te paras al lado mío, con las manos en la espalda.

Me di cuenta de que Fulgencio estaba, al mismo tiempo, afrentado por la derrota y admirado por lo que él pensaba era un truco, y no me quería dejar «salirme con la mía».

—¿Y si la niña gana de nuevo? —pregunté.

Un revoloteo de risas recorrió el salón. Conociendo a Fulgencio, tiene que haber pensado: «Si la niña gana, me la corto». Pero me respondió:

---

[28] *meter una limpia*: derrotar de manera abrumadora.

—Si gana todos los partidos, yo mismo le pago el boleto de avión para el Zonal en Guatemala —me respondió—. El tiempo está corriendo...

Miré a María del Carmen, quien estaba despachando un tercer paquete de boliqueso.

—¿Qué significa *simultánea*? —me preguntó.

—Significa que vas a jugar contra todos ellos al mismo tiempo. Tienes que acordarte de apretar el reloj cuando mueves, porque el tiempo está corriendo.

María se acercó al primero de los tableros. El bando blanco ya había realizado la primera movida: peón de dama. María movió y apretó el botón del reloj. El círculo plástico negro quedó manchado de brusquitas amarillas. Dio tres pasos a la derecha, echó un vistazo al segundo tablero, que mostraba una apertura inglesa, movió y apretó el reloj. Así, en círculos, siguió caminando y moviendo al instante, en un despliegue alucinante de *veni, vidi, vici* durante varias horas, ante la mirada voraz y fascinada de Fulgencio.

◆ ◆ ◆

Terminé de apretar la última tuerca del plato del microondas, y guardé la llave en el cinto. Remecí el plato suavemente, para verificar que estaba firmemente sujeto a la torre. Cuando iba a bajar, sonó el teléfono celular.

—¿Pablo Escudero?

—Dígame —respondí.

—Le habla Jacinto Solís, ministro de la Presidencia.

Tras unos segundos en silencio, respondí:

—Dígame, señor ministro, en qué puedo servirle.

—¿Conoce usted al señor Fulgencio Correa?

—Sí, lo conozco desde hace tiempo.

—¿Conoce usted a María del Carmen Ochoa?

—Sí, la conocí hace un año. ¿Pasa algo malo, señor ministro?

—Usted me dirá. ¿Es cierto que usted le enseñó a María del Carmen a jugar ajedrez?

—Bueno... —respondí— yo le enseñé a mover las piezas.

Un incómodo silencio dominó los siguientes segundos.

—¿Tiene algo que decirme sobre el estilo de juego de la niña? —preguntó el ministro.

—Pues que es perfecto, diría yo. Hasta donde sé, no ha perdido nunca ningún partido.

—Ningún partido, en efecto —interrumpió el ministro—. La niña resultó invicta en el Campeonato Continental, y se calificó de primera en el Torneo de Candidatos, sin perder un solo partido. Ahora es considerada favorita para el Campeonato Mundial.

Yo sabía todo esto, pues estaba en todos los diarios del país. No sabía qué responder.

—¿No encuentra nada raro en esto? —inquirió el ministro.

—Pues es algo único, señor ministro, algo que no tiene precedentes.

—Dígale eso al agente de Veselin Topalov. La Federación Búlgara de Ajedrez ha interpuesto una protesta oficial contra la Federación Panameña, arguyendo que María del Carmen fue asistida por una computadora remota durante su partido contra el campeón búlgaro.

—Pero eso es ridículo. Además, María del Carmen juega mejor que cualquier computadora.

—Ayer en la tarde, la niña fue sometida a un examen riguroso de resonancia magnética, buscando electrodos, audífonos u otros elementos foráneos que pudiesen haber sido instalados en su cuerpo para asistirla con el juego.

—Por supuesto no encontraron nada —me adelanté.

—Nada. Está limpia. Y muy sana, al parecer.

Tras decir eso, la voz al otro lado del teléfono guardó silencio.

—¿Usted me está llamando por algo en particular, señor ministro?

—El señor presidente está haciendo preparativos. María del Carmen no ha perdido un solo partido hasta ahora, incluso contra los jugadores más fuertes del mundo. Yo no sé nada de ajedrez, pero he leído reportes de expertos que indican que, si continúa con ese nivel de juego, el Campeonato Mundial será suyo. ¿Sabe lo que eso significa?

—Creo que sí.

—Significa el primer campeón mundial de ajedrez panameño. Significa la primera mujer en ganar el Campeonato Mundial abierto. Significa el primer

jugador que se corona campeón mundial sin haber terminado siquiera la hijueputa escuela primaria. ¡Eso es lo que significa! ¿Usted me entiende?

—Le entiendo perfectamente. Es algo muy grande para el país.

—Y el presidente va a estar ahí, en primera fila, al lado de la niña. Habrá eventos, habrá discursos, habrá cámaras. Si la niña está haciendo trampa, dígamelo ahora, señor Escudero, antes de que el presidente haga el ridículo.

—Yo le aseguro... es más, le juro por la vida de mi santa madre, que María del Carmen jamás ha sido asistida por nada ni por nadie, y que cada partido que gana, lo gana por sí misma.

Escuché una exhalación de alivio en el auricular.

—Eso es lo que quería escuchar.

Otra larga pausa siguió a su comentario.

—Bueno, señor Escudero, no le quito más tiempo.

—A la orden siempre, señor ministro.

—Una cosa más... —agregó—: gracias por encontrar a María del Carmen.

—Gracias a ustedes por apoyarla.

Tras un breve chasquido, la línea quedó en silencio. Guardé el celular en el cinto, y agarrándome fuerte de la torre con ambas manos, como abrazando la estructura de hierro, respiré hondo y medité por largo rato. Levanté la vista entonces, y miré hacia el horizonte. La torre se erguía sobre una loma, en un sitio alto llamado Los Búhos. Hacia el sur se abría el Pacífico, infinito y nebuloso, de un azul triste, indeciso. Hacia el norte, el monte virgen, de un verde hondo, tupido hasta donde llegaba la vista. Al pie de la torre, Jorge tomaba una siesta en un catre de campaña, cubriéndose los ojos con una almohada.

Medio kilómetro más abajo, al pie de la loma, distinguí la figura de tres hombres. Los había visto pasar esa mañana, con sus pantalones de diablo fuerte[29] y sus camisas de manta sucia[30], los machetes afilados y la totuma con agua de la quebrada fresca. Salomando, feroces con el garabato[31] y el *colin*[32],

---

[29] *diablo fuerte*: tela de algodón muy fuerte, para pantalones de trabajo.

[30] *manta sucia*: tela fuerte de algodón, para camisas de trabajo.

[31] *garabato*: vara de madera con gancho en la punta, que acompaña al machete al desyerbar.

[32] *colin*: machete.

los tres peones despachaban la maleza de un potrero bajo el sol inmisericorde del mediodía.

Pensé en María del Carmen, y en cómo pronto su vida cambiaría para siempre. Tendría el mundo a sus pies. Y sin embargo, habría acusaciones en su contra, que solo el tiempo podría despejar, reivindicando su nombre. Pensé en su inocencia, y su talento, ambos sin límite. Y dudé. ¿Habríamos hecho lo correcto Jorge y yo al hablar con el maestro de escuela y revelarle el talento de María del Carmen? ¿No hubiese sido mejor dejarla tranquila, paloma perdida en el monte, viviendo su vida de niña, y luego de esposa y madre campesina en los Llanos de Mensabé?

Pensé en su padre, peón rústico y humilde, levantándose al amanecer para ir al potrero a tumbar monte, manteniendo la energía con trozos de raspadura y grandes tragos de agua fresca. Pensé en su madre, Alicia, envejecida por el trabajo del pobre, lavando ropa en la quebrada, cocinando tortillas changas en la arcilla plana sobre el fogón, con los hijos pegados en las tetas secas, la mirada perdida en la casa de quincha. Pensé en mí mismo, en la cúspide de aquella torre, trabajando de sol a sol, todos los días, domingos y feriados, ganándome la vida.

«Todos somos peones en este juego», fue la frase que me vino al pensamiento. También María del Carmen lo era. «Este es nuestro destino». Contemplando el trío de peones en el monte, me consoló pensar que Mari podría al menos llegar ahora a ser la reina en el tablero de su vida.

2008

El eclipse

a Asimov

El día de su muerte, prisionero en una nao española, James Thorne comprendió que había pecado contra una inteligencia que excedía su entendimiento. De rodillas sobre la cubierta, en mar abierto frente a las costas peruanas, contempló el eclipse total: los flamantes pétalos de la corona hicieron correr lágrimas sobre sus mejillas pálidas. Bloqueó en su mente el llanto de los marinos que, echados en los rincones, rogaban a la Virgen que perdonara sus vidas. Transido por el milagro celeste, suplicó perdón al espíritu de un hombre que vio sólo unos minutos, ocho años antes, a quien por instigación suya quemaron vivo, acusado de herejía, en la plaza de una aldea cercana a Bristol.

◆ ◆ ◆

James William Thorne nació en el otoño de 1534, hijo ilegítimo de Lord Francis Russell, Vizconde de Bedford, y una joven cortesana. Mostró desde temprano una inteligencia extraordinaria y gran sensibilidad hacia los fenómenos naturales. Algunos veranos consumió en las fincas de su padre en Crowndale, donde trabó amistad con un granjero, de nombre Edmund Drake, y en especial con el segundo de sus hijos, ahijado del Vizconde y bautizado con el mismo nombre: Francis. Durante los almuerzos en aquella granja, los filosos discursos del granjero contra los católicos eran el postre cotidiano. Aunque salpicada con explosiones de risa, aquella ardiente retórica infundió una temprana semilla de rebeldía en sus mentes vulnerables.

El Vizconde, impedido de otorgarle un título nobiliario, se contentó con costear al hijo la educación que su mente prodigiosa merecía. Durante diez

años, Thorne estudió en Oxford a los clásicos griegos y latinos. Aunque su educación cubría todas las artes conocidas en su tiempo, el mozalbete desarrolló un ferviente interés por la matemática árabe y por los escritos de Hiparco. Las paredes universitarias le aislaron parcialmente del ambiente caldeado de prejuicios religiosos que siguió al alzamiento católico de 1549. Tomó una cátedra en el recién fundado Colegio de la Trinidad, en Cambridge, alrededor de 1556, donde ganó renombre como crítico de las ideas de Ptolomeo. Había empezado a estudiar con avidez la innovadora *De revolutionibus* de Copérnico, y comprendió pronto la profunda implicación de esta obra en la simplificación armónica de las esferas celestes.

Tras una corta y violenta persecución de parte de la Iglesia, abjuró públicamente de sus ideas en 1565, para salvar la vida. Huyó hacia Londres, donde publicó almanaques astrológicos para sostenerse. Siguió utilizando en secreto el método copernicano para sus predicciones, y la precisión de sus pronósticos le ganó prestigio y suficiente dinero para vivir holgadamente. Sentía algo de vergüenza por utilizar la retórica, que aprendió en los discursos de Cicerón, como levadura para insuflar en sus horóscopos un tono convincente, y le irritaba la hipocresía en que se tuvo que envolver para sobrevivir.[1] Tras una década malgastada en lo que consideraba una actividad denigrante, recibió con agrado una carta de su amigo de infancia, Francis Drake, que lo invitaba a participar en un debate donde se escogería al astrónomo de su próxima expedición marítima.[2]

La posibilidad de usar su conocimiento en una causa más digna, como la navegación de alta mar para debilitar al Imperio Español, le resultaba lisonjera. Respondió en seguida y se preparó a fondo para el debate. Memorizó, con gran esfuerzo, enormes tablas con las efemérides susceptibles de ser debatidas: las fases de la luna, las posiciones de los planetas, el movimiento del Sol en el cielo. Confiado en su preparación, pero algo nervioso por desconocer a sus contrincantes, se presentó en la corte de la Reina Isabel en la fecha acordada. Le recibió Francis, fuertemente bronceado, y con una amplia sonrisa le presentó a los principales miembros de la corte, incluyendo a la Reina misma. Faltando una hora para el debate, pudieron conversar como viejos amigos sobre los años transcurridos desde la infancia en Crowndale.

Drake era entonces, en las altas esferas de la corte, una especie de héroe nacional oculto. La Reina, patrona y protectora de sus andanzas contra los españoles, debía mantener sus logros en secreto, pues había firmado una tregua con Felipe II.[3] Francis gozaba de tal gracia que hubiese bastado señalar a alguien con el dedo para que se le concediera de inmediato la posición de astrónomo navegante. Prefirió, sin embargo, que se realizara el debate, para no gastar innecesariamente su influencia. Confiaba en que James Thorne, con su habilidad verbal y su conocimiento de los cielos, vencería sin problemas a la media docena de aspirantes que se habían presentado a la hora convenida.

Drake decidió en el punto, unilateralmente, que el formato del debate sería el siguiente: James Thorne, sentado a su derecha, presentaría a cada astrónomo una pregunta. Si el interrogado respondía incorrectamente, Thorne debería demostrar a los presentes el error, con lo cual se eliminaría al desafortunado candidato y se procedería a interrogar al siguiente. Si el aspirante respondía correctamente, éste tendría a su vez la oportunidad de presentar a Thorne una pregunta, bajo las mismas condiciones. El procedimiento se aplicaría sucesivamente hasta que quedase un solo astrónomo. Thorne sonrió al comprender que su amigo le hacía una merced: bastaba con que él presentara la pregunta más difícil desde el principio para eliminar sistemáticamente a todos los contrincantes. Unos segundos le bastaron para elegirla.

—¿Cuándo veré el próximo eclipse total del sol?

El primer candidato, un joven matemático, palideció súbitamente. Esperaba que la pregunta versara sobre la ubicación de las constelaciones, el paso del Sol sobre el meridiano, el uso del sextante o cualquier otro tema relevante a la orientación en mar abierto.

—Disculpadme, capitán Drake —ripostó el joven—, pero no veo la relación entre la pregunta y la navegación marítima.

Tras un breve cruce de miradas con el amigo a su derecha, Drake sentenció:

—¡Entonces no conocéis ni la primera palabra sobre la vida en el mar! Más de un capitán ha sufrido amotinamiento por marineros asustados ante un eclipse de sol o de luna. Un buen astrónomo navegante advertirá al capitán de dichos fenómenos antes de que ocurran, para que éste lo haga saber a sus tripulantes, previniendo el pánico y una posible revuelta.

Thorne volvió a sonreír: ignoraba la utilidad que el pronóstico de un eclipse podría tener para la navegación, y ni siquiera sabía si Drake estaba mintiendo para defenderlo.[4] Había elegido el tema por la dificultad implícita en su cálculo. Pronosticar otras efemérides, como las fases de la luna o la posición de los planetas sobre las constelaciones, era relativamente fácil en el corto plazo. Un eclipse, por el contrario, involucraba el movimiento de tres cuerpos, el Sol, la Luna y la Tierra: primero había que determinar en qué fechas habría eclipses, y luego desde qué partes de la Tierra serían visibles. El arte descansaba todavía sobre técnicas endebles. Desde los caldeos hasta Hiparco, muy pocos hombres habían logrado predecir un eclipse con alguna confianza,[5] y la ruta exacta de la sombra de la Luna sobre la Tierra no se calcularía hasta siglo y medio después.[6] En 1575, predecir un eclipse total de sol era una tarea que muy pocos podrían haber realizado.

Poco sorprende, pues, que uno tras otro, todos los aspirantes aventuraron respuestas erradas, las cuales Thorne refutó sin problemas. Cuando en la sala ya no quedaba más astrónomo que Thorne, un paje anunció la llegada de un sacerdote jesuita, que traía a un tal Roy de Bristol para participar en el debate de su Majestad.

Aunque en la mente de Drake el debate ya había concluido, con el resultado que él esperaba, el hecho de que aquel hombre viniese acompañado de un jesuita le despertó el deseo de verlo humillado como los otros candidatos que fueron despachados sin clemencia por Thorne.

—Que pase —ordenó al paje.

Thorne no dijo nada. Dos hombres entraron a la enorme sala haciendo varias reverencias en el camino. El jesuita vestía el hábito característico de su tiempo y difícilmente ocultaba su ansiedad. El llamado Roy de Bristol parecía un campesino corriente, de tal vez unos cincuenta años, con el rostro envejecido por el trabajo arduo del campo, el pelo algo gris y comenzando a escasear, y la mirada baja y tranquila.

—¿Sois católico, maese Roy? —preguntó Drake, con tono firme.[7]

El campesino respondió afirmativamente con un suave movimiento de cabeza.

—¡Muy bien! Adelante, James —sentenció Drake.

—¿Qué os hace pensar que este hombre es un buen candidato para la posición de astrónomo navegante? —preguntó Thorne al jesuita.

En su rostro se dibujó, al pronunciar las últimas palabras, un gesto de cansancio o incredulidad.

—Mi señor: Roy es un gran astrólogo. En nuestra parroquia, él calcula los equinoccios y las fases de la luna para las fiestas de la Pascua, y siempre coinciden con las fechas que indica la Santa Iglesia.

Al decir esta palabra, *Santa*, el jesuita bajó un poco el rostro, comprendiendo que estaba metiendo la cabeza en la boca del león, pero prosiguió:

—Además, su talento parece ser sobrenatural, casi divino. A los seis años de edad pronosticó la aparición del cometa que horrorizó a tantos otros pueblos. Los parroquianos de nuestra pequeña aldea permanecieron tranquilos, porque ya Roy había anunciado la venida del cometa.

James Thorne no pudo contener un brote espontáneo de risa, que hizo inclinar la cabeza del jesuita y del campesino. Una cosa es predecir la fecha de la Pascua en base a la luna llena y los equinoccios: él mismo podía hacer eso, de memoria. Pero otra cosa muy distinta era predecir la aparición de un cometa. Nadie sabía entonces qué eran los cometas, ni de dónde venían, ni si volvían.[8] Tras el comentario del jesuita, Thorne etiquetó en su mente a Roy de Bristol como un charlatán, pero decidió seguir con el juego de Drake. Lo puso al tanto del mecanismo del debate, y le presentó la misma pregunta que a todos los anteriores.

—¿Mi señor me pregunta cuándo verá el próximo eclipse total del sol? —repitió el campesino.

Thorne asintió. El campesino iba a responder algo, cuando Thorne lo interrumpió:

—¿Quién es vuestra madre?

Roy pareció sorprenderse, pero respondió:

—Mi madre es una aldeana, nacida en nuestra parroquia.

—¿Y vuestro padre? —agregó Thorne, cada vez más iracundo, sin entender la razón.

—Nunca lo conocí —respondió en voz baja el campesino.

Algo de resentimiento por la condición propia había en su timbre cuando dijo:

—El hijo de una aldeana católica y un hombre desconocido. Muy bien, ¿qué contestáis a mi pregunta?

El campesino aspiró hondo. Thorne lo miraba con algo de desgano, fatigado tal vez por el esfuerzo mental prolongado, pero más probablemente apático hacia lo que consideraba una clara pérdida de tiempo. Roy miró al cielo y luego clavó los ojos en Thorne, diciendo:

—El próximo eclipse total de sol que mi señor contemplará será dentro de ocho años, al mediodía del 19 de junio de 1583.

El rostro de James Thorne se iluminó de súbito con una oleada de arrogancia. El pronóstico era claramente un error, tan fácil de refutar que no tomaría un instante.

—Lo siento, estáis equivocado. ¡Buenas tardes! —sentenció, moviendo la cabeza en negativa e indicando la puerta con desdén.

El jesuita se movía inquieto sobre su sitio, y el campesino permaneció en silencio por un rato.

—¿No os marcháis todavía? —espetó Thorne.

—Mi señor tuvo la bondad de explicarme las reglas del debate. Espero manso a que mi señor me demuestre mi error —agregó Roy de Bristol, con una extraña mezcla de humildad y firmeza.

A pesar de sentir que todo aquello estaba muy por debajo de la dignidad de su futuro puesto, Thorne respiró hondo y decidió cumplir con toda justicia, explicándole al campesino lo siguiente:

—Los eclipses de sol solamente pueden ocurrir en los días de luna nueva. El día que habéis indicado como fecha del eclipse, el 19 de junio de 1583, no es día de luna nueva, y por lo tanto es imposible que en él ocurra un eclipse de sol. Espero que estéis satisfecho con la explicación. Ahora, ¡buenas tardes! —finiquitó Thorne, que ya empezaba a impacientarse.

El jesuita tomó por la ropa a Roy de Bristol, y lo haló suavemente hacia la puerta. El campesino hizo una reverencia hacia Drake y otra hacia James Thorne, diciendo:

—El eclipse será lo último que mi señor verá en este mundo.

Thorne enrojeció y se puso de pie, ofendido por lo que consideró una amenaza contra su vida, pero el campesino siguió retirándose mansamente hacia la puerta. Su animadversión hacia los católicos amplificó la reacción visceral y deseó la muerte del insolente. Decidió utilizar una estrategia sutil e irónica. Sabía que los cometas eran universalmente considerados como fenómenos atmosféricos impredecibles. Aquel capaz de anunciar su visita con anticipación tendría que explicar dicha facultad en virtud de un poder metafísico, el cual podía provenir sólo de dos fuentes: la divina o la satánica. Thorne escribió una carta a la Reina, que Drake entregó personalmente, en la cual acusaba de herejía y pacto satánico a Roy de Bristol, usando como evidencia su afamado pronóstico del cometa de 1531. Utilizó en su contra la propia afirmación del jesuita, de que los pronósticos de Roy parecían sobrenaturales. Thorne recibió pronto la noticia de que Roy de Bristol había sido juzgado por la Iglesia y encontrado hereje. Se le quemó vivo en medio de la plaza de su aldea, en el otoño de ese mismo año.

◆ ◆ ◆

En diciembre de 1577, James William Thorne partió de Plymouth, en una expedición contra los españoles, comisionada y financiada directamente por la Reina Isabel, y capitaneada por Francis Drake. A bordo del *Pelican*, como astrónomo navegante, encabezaba una flota de cinco barcos y ciento cincuenta hombres. El viaje prometía estar lleno de riesgos, y su efecto vivificante hizo pensar a Thorne que era precisamente esta vida la que había deseado siempre.

Tras cruzar el Atlántico, tuvieron que abandonar dos barcos en las costas de Suramérica. Los tres restantes, desviados hacia el Sur por una tormenta, cruzaron Tierra del Fuego tras dieciséis días de navegación intrépida. En el Pacífico, feroces tormentas destruyeron al tercer barco, y obligaron al cuarto a regresar a Inglaterra. Drake, apoyado en el talentoso Thorne, decidió explorar el Pacífico en la única nave restante, el *Pelican*, al cual rebautizaron *Golden Hind*.

Subiendo por las costas pacíficas de Suramérica, atacaron varios puertos españoles. Al llegar al puerto de San Miguel, en la costa norte del Perú, una

nave española capturó a algunos de los tripulantes del *Golden Hind* que habían llegado hasta la costa en una embarcación de remos para aprovisionarse de agua fresca y frutas. Entre los capturados se encontraba James William Thorne.

Sabiendo que un rescate sería suicida, Drake se vio forzado a abandonar a los secuestrados, y prosiguió su viaje hacia el norte.[9] Nadie intentó nunca rescatar a James Thorne. Los otros cinco hombres que bajaron con él esa madrugada en la lancha hasta la costa fueron ejecutados de inmediato en el sitio. A Thorne lo llevaron preso, porque su apariencia de persona importante hizo pensar a los soldados españoles que podría ser de beneficio. Compareció ante la Audiencia de Lima, donde se le juzgó y se le encontró culpable de piratería y de atentar contra la honra del Rey de España, Felipe II. Condenado a ser ejecutado en la plaza mayor de Lima, Thorne ofreció al Virrey del Perú, Francisco de Toledo, información detallada sobre las operaciones y estrategias de Francis Drake en el Nuevo Mundo, y del involucramiento directo de la Reina en su financiamiento y soporte político.

Con esta traición selló su sentencia de muerte: ya no podría regresar nunca a Inglaterra. Toledo le perdonó la vida, pero le condenó a prisión sin definir el término. Olvidado en un calabozo mísero, en las afueras de Lima, Thorne perdió toda noción del tiempo y del mundo exterior.[10]

Años después, el Rey Felipe II ordenó traer al reo a su presencia. Felipe sentía como inminente una invasión a Inglaterra, con la cual pretendía salvar el catolicismo en Europa occidental y consolidar su control sobre Holanda. La idea de fondo, seguramente propuesta por Toledo, era que Thorne revelara a los capitanes de la futura Armada española todos sus conocimientos de las técnicas navales inglesas, especialmente las del pirata Francis Drake.

James Thorne fue trasladado de su calabozo en Lima a una prisión en el puerto de San Miguel. Permaneció en condiciones insalubres durante varias semanas, donde contrajo una enfermedad gastrointestinal, posiblemente disentería. Tras varios días en alta mar, lo acometieron la diarrea y el vómito, y se deshidrató rápidamente. Sabía que moriría antes de llegar a España.

Entonces ocurrió el milagro. Aproximadamente una hora antes del mediodía, la mañana comenzó a oscurecerse. Apretando los párpados, arrojando miradas breves hacia el cenit, Thorne distinguió que el perfil redondo de la

Luna había penetrado ya casi la mitad del disco solar. Sintiendo que la vida se le escapaba, se puso de pie y buscó al capitán de la nave.

—¿Qué día es hoy? —preguntó estremecido, en un mal español.

El capitán lo apartó con la mano y caminó hacia popa. Thorne le agarró las vestiduras y lo tiró con fuerza:

—¿Qué día es hoy? —repitió, en una voz que indicaba debilidad y furia.

—Es 19 de junio, día de San Gervasio y San Protasio, mártires —espetó el capitán.

La alusión al santoral tenía la intención de ser un insulto indirecto hacia el reo protestante, pero Thorne estaba demasiado consternado como para atender a tales detalles.

—¿De 1583? —preguntó.

El capitán no respondió; le arrojó una mirada de desprecio y liberó la manga que el inglés estaba sujetando.

—¡Ingleses de mierda!

Thorne no pudo sostenerse más tiempo en pie. Se arrastró hasta un rincón de cubierta y esperó a ver si el eclipse alcanzaba la totalidad. Habría transcurrido una media hora o tal vez un poco más, cuando el disco lunar se colocó directamente frente al Sol. El día, que había mostrado un cielo azul despejado hacía unas horas, se convirtió en noche. Con lágrimas en los ojos, Thorne distinguió varias constelaciones, y a Venus y Marte al oriente del Sol negro. La pálida fluorescencia de la corona solar, que Thorne nunca antes había visto, le pareció un grupo de pétalos alrededor de un fúnebre girasol negro. La totalidad del eclipse era lo más hermoso que había visto en su vida. Recordó a Roy de Bristol y sus palabras proféticas, y en el silencio de su corazón, pidió perdón.

◆ ◆ ◆

Febril y convulso, James William Thorne murió esa noche por la deshidratación que le causó la disentería. No pudo entender nunca la razón de la fecha del eclipse, ni cómo pudo un campesino de Bristol haber realizado tan prodigioso pronóstico. En nuestra posición privilegiada en el futuro, podemos aclarar la

primera incógnita. En efecto, como lo indicó oportunamente Thorne, el 19 de junio de 1583 no era día de luna nueva. No lo era, al menos, en el calendario juliano, el único que Inglaterra reconocía. Pero el calendario de Julio César adelantaba poco más de once minutos por año, y en dieciséis siglos el error había crecido a más de diez días.[11] En 1582, la bula *Inter gravissimas* del papa Gregorio XIII corrigió el desfase: en España y en todos sus territorios, al 4 de octubre de 1582 siguió el 15 de octubre. Los reinos protestantes, entre ellos Inglaterra, se negaron a adoptar la reforma, por su procedencia católica. Así, la luna nueva del 9 de junio de 1583 del calendario juliano ocurrió el 19 de junio de 1583 según el calendario gregoriano que regía a bordo de la nave española.

Lo que tal vez nadie podrá explicar es cómo pudo Roy de Bristol pronosticar que aquel día de luna nueva ocurriría un eclipse total de sol al mediodía. Más aún, cómo logró predecir que habría un nuevo calendario ya en vigencia en ese momento, que James Thorne vería dicho eclipse, y que esto sería lo último que contemplarían sus ojos. La predicción del fenómeno celeste se explicaría, si se quiere, mediante un profundísimo conocimiento astronómico, difícilmente accesible a un campesino del siglo XVI. Pero profetizar que Thorne estaría muriendo ese mismo día, a dos mil millas náuticas de las costas del Perú, en el punto exacto del Océano Pacífico donde la sombra de la luna se cruzaría con su nave, regida por un nuevo calendario, es inaudito y sin precedentes en la historia. Excede a la astronomía y cae de lleno en lo sobrenatural. Thorne estaba en lo cierto al acusar a Roy de Bristol de emplear técnicas sobrenaturales para sus predicciones: esta es, además, la única forma en que pudo haber predicho en su infancia la llegada del cometa que luego conoceríamos como Halley. Sin embargo, en mi opinión, se equivocó por completo al juzgar la naturaleza de su sabiduría.

2006

notas

[1] Astrónomos y astrólogos diferían muy poco en tiempos de Thorne. Ambos se ocupaban principalmente en anotar y predecir las posiciones de los cuerpos visibles: el Sol, la Luna, los cinco planetas clásicos. La diferencia yacía en el propósito. El astrónomo aplicaría sus conocimientos a la preparación de calendarios, a la navegación marítima y a lo que podríamos llamar una astronomía precientífica. El astrólogo, por otro lado, buscaría en los cielos vaticinios sobre si Inglaterra vencería a España en la próxima guerra, o sobre si los nacidos bajo el signo de Virgo son compatibles en el amor con los nacidos en Tauro. La similitud de los métodos permitió a muchos astrónomos en necesidad, como Thorne mismo y luego Kepler, conseguir el pan diario mediante charlatanerías zodiacales.

[2] La astronomía se encontraba en un estado muy primitivo en 1575, cuando Thorne recibió la invitación. Galileo, quien en su madurez reinventaría el telescopio y lo apuntaría hacia el cielo para descubrir las lunas de Júpiter y las fases de Venus, era apenas un inquieto niño de once años corriendo por las calles de Florencia. Las tres leyes de la mecánica planetaria de Kepler tendrían que esperar décadas antes de que el pequeño alemán, de apenas cuatro años, acurrucado en alguna cuna en Weil der Stadt, encontrara su vocación. Newton, que estremecería al mundo con su teoría de la gravitación y sus revolucionarios métodos matemáticos, distaba todavía tres o cuatro generaciones hacia el futuro.

[3] Gracias a sus contactos con los Hawkins de Plymouth, Drake había abandonado en la juventud el cabotaje para perseguir fortuna en alta mar. Tras varias expediciones, encontró gloria en 1573, en una decisiva aventura en Nombre de Dios. Asediando las aguas del Darién con una tripulación de corsarios franceses y negros cimarrones, interceptó los cargamentos de tesoros españoles. Para poder cargar con el oro, tuvieron que dejar en tierra la plata. Este golpe, clímax de su carrera de corsario, sació temporalmente su odio hacia los católicos, y hacia los españoles en particular, y dotó de fortuna vitalicia al puñado de sobrevivientes que regresaron con él a Plymouth.

[4] Decía la verdad. Colón, varado en Jamaica durante su cuarto viaje, con la mitad de la tripulación amotinada, usó el eclipse de luna del 29 de febrero de 1504, que sus tablas anunciaban, para someter a los indígenas que le negaban alimentos.

[5] Los eclipses han fascinado a los observadores del cielo desde que el hombre existe, y han arrojado luz sobre nuestra comprensión del universo: la sombra circular sobre la luna eclipsada demostró a Aristóteles la esfericidad de la Tierra. La impresión que causan sobre el espíritu humano es profunda y mística. Con frecuencia se asocia la inesperada oscuridad con eventos trascendentales, probablemente por la semejanza entre la luna eclipsada y la sangre, y por la conexión inconsciente entre el agujero perfectamente circular del eclipse solar y nuestro hondo miedo al vacío y la soledad del universo. Ejemplos sobran: eclipses de sol y luna precedieron la subida al trono del rey Shulgi de Ur; Homero incluyó a ambos en la *Odisea*; uno anular despidió a Jerjes cuando se echó al mar contra Grecia, según cuenta Heródoto, quien también afirma

que el cielo se oscureció en Esparta tras las batallas de las Termópilas y de Salamina; la leyenda de Rómulo indica que fue concebido durante un eclipse total, que mientras fundaba Roma presenció otro parcial, y que desapareció un día que el sol se oscureció de súbito; cuando Cristo expiró en la cruz, el día se transformó en noche; y la pluma delirante de Juan, el discípulo amado, incluyó en el Apocalipsis al sol negro y a la luna roja como señales del fin de los tiempos. Por ese impacto sobre nuestra psique, el enigma de su predicción ha obsesionado a los naturalistas, aunque pocos han salido victoriosos, pues el arte de pronosticar eclipses es, literalmente, una espada de doble filo. Los chinos registran eclipses desde hace cuatro mil años, y más de un astrónomo del Emperador fue decapitado por fallar en el pronóstico. El premio, sin embargo, es dulce: el general romano Cayo Sulpicio Galo predijo que la luna se oscurecería en la víspera de la batalla de Pidna, en el año 168 a.C., o al menos eso se dijo, y al regresar de Macedonia fue elegido cónsul. Su hazaña resulta creíble porque era un estudioso de los textos griegos. Pronosticar un eclipse de luna es menos complejo, pues es visible desde muchos sitios; predecir la visibilidad de uno de sol implica saber si la sombra cruzará sobre el lugar exacto donde está el observador. Según Heródoto, Tales de Mileto predijo el eclipse solar que puso fin a la guerra entre lidios y medos, seis siglos antes de Cristo; dada la complejidad del problema, la aseveración se debe más a la mitología bélica o a un golpe de suerte que al cálculo, pues su solución requiere una riqueza de observaciones y herramientas matemáticas de las que Tales carecía. Hiparco tuvo mejor suerte: heredó de los caldeos seiscientos años de anotaciones detalladas sobre eclipses, iniciadas en el siglo VIII a.C. por orden del rey Nabonasar de Babilonia y refinadas por Kidinnu. Ese registro permitió a los astrónomos babilonios detectar los ciclos de dieciocho años que la *Suda* bautizó luego como de Saros. Aprovechándolo, y compilando extensas tablas trigonométricas, Hiparco se convirtió en el primer humano con acceso a un método confiable para predecir eclipses. Pronto siguieron otros: en la India del siglo séptimo, Brahmagupta, astrónomo principal de Ujjain, utilizó un álgebra primitiva, mucho antes del nacimiento de su inventor, Al-Juarismi, para calcularlos.

[6] Edmund Halley fue el primero en calcular la ruta de la sombra de un eclipse solar sobre la Tierra, para el de 1715, que cruzó Londres. Hasta entonces, la predicción exacta de la visibilidad de un eclipse total de sol seguía siendo un reto colosal.

[7] La pregunta no era ociosa: el catolicismo sería proscrito en Inglaterra un lustro más tarde.

[8] En el tiempo de Thorne no se conocía la naturaleza de los cometas: faltaban dos años para que Tycho Brahe demostrase, usando el paralaje, que no son fenómenos atmosféricos sino cuerpos celestes. El cometa que Roy había predicho, según el jesuita, fue visible en 1531, por lo cual Roy tenía en efecto cincuenta años si hizo su supuesta predicción a la edad de seis. Posiblemente sea el mismo cometa cuyo retorno predijo Edmund Halley en 1705, y que hoy lleva su nombre. Sólo tras ese retorno, en 1758, se demostró que los cometas son visitantes recurrentes y que sus apariciones son, por ende, susceptibles de ser pronosticadas.

[9] Drake llegó hasta las costas de la actual Oregón y luego cruzó el Pacífico. Visitó las Molucas y bordeó el extremo sur de África. El 26 de septiembre de 1580 llegó de vuelta a Plymouth

con 59 hombres y un cargamento de especias y tesoros saqueados a los españoles. Era el primer capitán en dar la vuelta al mundo al mando de su nave. La mitad de los ingresos de la Corona inglesa en ese año provino de lo que trajo el *Golden Hind*. La Reina, que no quería arriesgar una guerra abierta contra España, decidió mantener como secreto todo lo referente al viaje.

[10] No supo nunca que la información que facilitó al Virrey fue utilizada para enviar desde el Perú, en 1579, una expedición militar en persecución del pirata Drake, al mando de Sarmiento de Gamboa. En 1581, al culminar su virreinato, Francisco de Toledo retornó a España. Felipe II era para entonces, además, Felipe I de Portugal.

[11] Aunque la mayoría de las civilizaciones antiguas, incluyendo a los caldeos, los mayas y los árabes, habían logrado cómputos muy exactos de la duración del año, los romanos se conformaron con una aproximación algo burda. El calendario establecido por Julio César en el año 46 a.C., bajo la asesoría del astrónomo alejandrino Sosígenes, representaba una gran mejora con respecto al antiguo calendario romano, pero incluía un error de poco más de once minutos por año, que en tiempos de Thorne acumulaba más de diez días. El médico napolitano Luigi Lilio propuso la solución, que Christopher Clavius expandió y defendió en un discutido volumen de ochocientas páginas. La reforma se basaba en los cálculos que hiciera siete siglos antes el árabe Al-Battani, hijo de un fabricante de instrumentos de astronomía, que había desafiado las enseñanzas de Ptolomeo mucho antes que Copérnico y había determinado la duración del año con gran precisión. La bula de 1582 avanzó la fecha diez días, para que el equinoccio de primavera siguiente ocurriera el 21 de marzo, la misma fecha en que ocurrió en el año 325 durante el Concilio de Nicea, y reformó la regla de los años bisiestos.

El traductor alemán

a H. G. Wells

«tú eres las alas con que la alondra
va escribiendo sonetos en el cielo»

— Álvaro Menéndez Franco

Con la *Historia de la Filosofía Occidental*, Bertrand Russell ganó no pocos enemigos. Curiosamente, afirmaciones de calado menor causaron la mayor controversia. Russell pagó un alto precio por afirmar públicamente lo que cualquier erudito ya sabía en secreto: que la denominación de María como «madre de Dios» no es una creación original del Concilio de Éfeso, sino un plagio a la antigua religión babilónica, con el propósito de asimilar en la fe católica el culto pagano a la madre tierra. Sin embargo, yerros en el libro de Russell de mayor significación histórica pasaron inadvertidos. El más relevante de todos fue asegurar que la escritura lineal de los cretenses no ha sido descifrada aún. Este planteamiento, que aparece en el primer capítulo, es falso. Pero solo yo lo sé.

Varios años antes de que Russell escribiera su libro en Pensilvania, mientras las bombas del Eje caían sobre su Gran Bretaña natal, múltiples textos cretenses fueron descifrados sin esfuerzo, y sin Piedra de Rosetta alguna, por un joven alemán, Herman von Hausen, cuyo don como traductor pudo cambiar el rumbo de la guerra, y terminó costándole la vida, prisionero de las *Schutzstaffel*. No se puede culpar a Russell de la omisión, ni a sus críticos de no haberla percibido: quienes conocieron a von Hausen y su obra no sobrevivieron, y sus traducciones no existen para el público, confinadas en mi archivo personal.

Ahora que lo considero seguro, revelo los hechos tal y como ocurrieron, para hacer justicia a su don.

Von Hausen empezó a traducir textos de idiomas desconocidos por accidente, en sus días de estudiante universitario en Berlín. Nunca recibió educación en las lenguas clásicas; sus padres, campesinos de Lauterbach, hablaban apenas el alemán materno, y la escuela local le enseñó solo lo básico. Pero Herman descubrió, una tarde opaca de invierno, que podía comprender al primer golpe de vista el *Fedro* de Platón en la versión original en griego antiguo. Repitió el experimento luego en la biblioteca pública. Verificó que incluso la tosca traducción de la *Odisea* al latín que en el Medioevo hiciese Leoncio Pilato por encargo de Petrarca, en la casa de Boccaccio en Florencia, le resultaba tan inteligible como su alemán contemporáneo.

Le sorprendió que entendiera estos textos de inmediato, sin que mediara el esfuerzo de una decodificación. Lo que sentía al traducir se acercaba más al amanecer de un recuerdo propio en la memoria dormida, que a la resolución de un acertijo. Los símbolos del escrito estimulaban en su mente el sonido de las palabras en el idioma original, aunque no le fuese familiar el habla de esa lengua. Nombres propios de personas y sitios que jamás había visto no le resultaban extraños: los relacionaba al instante con la impresión (valdría decir, el recuerdo) de su objeto. Al leer cada texto, percibía claramente la intención del autor, y algo de su personalidad y circunstancias. En el caso de la *Ilíada*, le confundió el hecho de percibir a múltiples Homeros transparentándose a través del texto, y a Leoncio Pilato, como una pátina, a horcajadas sobre ellos.

Sorprendido por esta habilidad, la intuyó en primera instancia como un don sobrenatural, regalo de algún dios generoso. Pero al profundizar su preparación humanista, la recién adquirida tendencia al raciocinio le llevó a dudar de su hipótesis, y ponderó si tal capacidad podría responder más bien a una manera específica de leer, una forma particular de encarar el texto de caracteres extraños y extraerle el significado. De ser este el caso, podría sistematizar esa aproximación, destilándola a manera de un método que pudiese ser enseñado y aprendido. Le emocionó la idea, y su potencial revolucionario, y comenzó pronto a analizar más textos, escudriñando las claves del futuro Método von Hausen para la traducción de cualquier lenguaje.

El primer axioma de su método fue aceptar que, sin mediar conocimiento previo alguno de un idioma, la única forma de descifrarlo en ausencia de información adicional es conocer como mínimo el propósito general del texto. Asumió que el fin subyacente o *telos* de todo mensaje es el deseo de entendimiento mutuo, fin de toda comunicación en cualquier idioma humano. En este sentido, podría decirse que von Hausen es precursor de las teorías de Jürgen Habermas. El segundo axioma fue asumir que los idiomas son —en su imperfección— sumamente perfectos, y que toda obra escrita es predecible en virtud de esta cualidad óptima.

En las etapas tempranas de esta sistematización, von Hausen intentó aplicar su método al idioma cretense. Postuló que la lógica de todo idioma busca describir el mundo en el que vive el pueblo que lo desarrolló, su realidad cotidiana, sus necesidades de expresión. Von Hausen afirmó, por ejemplo, que los minoicos debían tener, en su escritura, la palabra *mar* como fonema recurrente, pues vivían en una isla. Otras palabras comunes serían *barco*, *comercio*, *cielo*, *amor*, *locura* y *muerte*. Poniendo a prueba su método en la práctica, en 1935, von Hausen logró descifrar todos los escritos minoicos a los que tuvo acceso. Lo que descubrió en los textos le estremeció profundamente, y por ello decidió no revelar estas traducciones a nadie. Se hubiese llevado a la tumba el secreto terrible de los minoicos, de no ser porque el destino trajo sus manuscritos a mis manos.

Por ello es claramente comprensible que Russell creyera decir la verdad en 1942 al aseverar que nadie había descifrado estos textos.

El racionalismo de von Hausen lo llevó a un grave error: no ver a tiempo el hecho evidente de que en realidad su método no era tal. Su habilidad efectivamente provenía de un don, más allá de su control y voluntad. Un simple ejercicio le habría demostrado esto desde el primer día: la fonología del idioma cretense no se conoce, y sin embargo Herman recitaba los textos con facilidad, pues los sonidos aparecían en su boca cuando se proponía leer los manuscritos. No cayó, o no quiso caer, en cuenta de esto, y siguió durante años pretendiendo que la traducción era lograda a través de un método sistemático. Esta farsa le ganaría algo de prestigio efímero y al final le costaría la vida.

Terminando sus estudios, y decidido a adquirir celebridad como lingüista para recibir una cátedra universitaria a corta edad, von Hausen prosiguió refinando su supuesto método, probándolo en textos cada vez más difíciles. Se sorprendía de su efectividad, y justificaba su creciente habilidad en términos de la práctica frecuente. Tradujo manuscritos del japonés y chino antiguos, del egipcio faraónico y del copto, de los símbolos tallados en las ruinas indígenas mesoamericanas, de las cavernas prehistóricas europeas y de las culturas perdidas de Mesopotamia. Recogió estas traducciones en varios volúmenes, que guardó celosamente y mostró solo a unos cuantos elegidos.

Presentó, como tesis doctoral, la descripción del Método. Las pruebas irrefutables de los textos traducidos le permitieron reclamar el diploma mediante su sustentación, pero más allá de esto la publicación del método en sí fue un fracaso. La idea creó intenso interés en círculos estrechos de eruditos en lenguas antiguas, interés que desapareció rápidamente por falta de resultados a manos de terceros. Nunca nadie logró traducir nada con el Método, excepto el propio von Hausen. Incluso las SS intentaron aplicar el método, con el propósito militar de descifrar comunicaciones enemigas en tiempo de guerra, y descubrieron que el sistema era inútil.

Von Hausen se negó a aceptar lo que era obvio: que su Método solo funcionaba para él porque no existía tal método, y cometió el error —movido por el orgullo— de traducir algunos mensajes encriptados para los nazis, como muestra de su eficacia. La guerra era inminente, y en 1939 von Hausen recibió la solicitud directa del Führer de trabajar al servicio del Tercer Reich, traduciendo al alemán las comunicaciones secretas interceptadas al enemigo. Al negarse, por su natural inclinación pacifista, y tratar de escapar hacia Suiza vía Austria, fue capturado por las Waffen-SS y encerrado en una prisión en las faldas del Zugspitze, donde permaneció por años como esclavo del régimen.

Parece imposible que la habilidad de un solo hombre, aun contra su voluntad, marcase una diferencia tan importante en algo tan grande como la Segunda Guerra. Esta se peleó en varios niveles, siendo la criptología uno que vio batallas críticas. Requirió a los Aliados muchas vidas el robar máquinas encriptadoras de los alemanes, y a un colegio de genios incontables horas de brillante análisis matemático —y la invención de la primera computadora

programable— el poder descifrar los mensajes enviados con el código Enigma. Resulta espeluznante comparar estos esfuerzos titánicos con la facilidad que Herman mostraba al romper —al primer golpe de vista— cada uno de los nuevos y crecientemente complejos códigos de los Aliados.

Dos eventos relacionados con la criptología se combinaron para permitir la caída de Alemania y la victoria aliada en la guerra. El primero ya lo he mencionado: que los Aliados rompiesen el código Enigma. El segundo, que los alemanes no pudiesen descifrar el código navajo de los norteamericanos. Poco tuvo que ver en esto la complejidad del idioma navajo: para Herman von Hausen cualquier código era inteligible de inmediato. La explicación se encuentra en la muerte de von Hausen, quien se suicidó antes de que los alemanes tuviesen la oportunidad de obligarlo a romper este código, el cual llevó a los Aliados a la victoria.

Todos los códigos anteriores al navajo habían sucumbido ante la mirada de von Hausen. Drogado con poderosas substancias, para obligarlo a traducir contra su voluntad, revelaba mensaje tras mensaje, rompía código tras código, para beneficio de los nazis y tormento suyo.

Como se negase a dictar a los militares lo que su cerebro involuntariamente traducía al primer vistazo, fue víctima de dosis cada vez mayores. Sintió, en el febril delirio de la narcosis, que sus capacidades de inteligencia se convertían en infinitas y escapaban a su control. Los únicos momentos de descanso que tenía, entre las traducciones forzadas, los pasaba en delirios que llevaron su mente al borde de la locura. Llegó a creer que las posibilidades teóricas de los lenguajes eran infinitas, y que su mente —para abarcarlas— se hacía de poderes sin fin. Temió que cada mensaje era transmitido no en un idioma sino en infinitos, y que, por ende, cada mensaje era en verdad infinitos mensajes. Y se convenció también de que todo lo que le rodeaba contenía un mensaje.

Es decir, von Hausen sintió que él —y todo ser humano— vaga, ignorante en extremo, en un mundo donde todo encierra un mensaje, comprendiendo apenas una fracción infinitesimalmente pequeña. Aun cuando estas imaginaciones le llegaron en horas de confusión, tienen relevancia teórica.

Permítaseme ilustrar su pensamiento con un ejemplo. La metáfora de Émile Borel habla de infinitos monos frente a infinitas máquinas de escribir.

Se dice que si se les permitiese martillar las teclas eternamente, alguno de ellos escribiría algún día un soneto de Shakespeare por puro azar. Usando esta metáfora, podemos decir que von Hausen llegó a pensar, durante el interminable delirio en su celda, que cada uno de los escritos de cada uno de los monos es cada uno de los sonetos de Shakespeare. Muy pocos estarían escritos en un idioma comprensible a los humanos. Los otros, que nos parecen caracteres aleatorios, serían los sonetos escritos en idiomas incomprensibles para nosotros. Incluso sonetos no escritos por Shakespeare, aun mejores.

Según esta lógica, cada soneto de Quevedo es, a la vez, todos los sonetos de Quevedo, y es también cada uno de los sonetos de Shakespeare, en sendos idiomas desconocidos. Los sonetos aún no escritos de los grandes poetas del futuro, y los pensamientos secretos que los genios del pasado se llevaron a la tumba: todos están escritos en este momento —pensó von Hausen— en un código ignoto, que escapa a nuestra comprensión, en cualquier texto.

Y la escritura no se da solamente mediante tinta sobre papel: le pareció a von Hausen que toda la naturaleza no era más que un cúmulo infinito de mensajes, escritos en el encaje de las nubes o de la espuma de los mares del mundo, en la distribución de las estrellas en el cielo, en las venas diminutas de las hojas de cada árbol, en el trino de un ruiseñor, en los arabescos de una golondrina. Aun los granos de polvo que vuelan en el viento describirían elegías y cantos épicos en lenguas desconocidas, en caracteres tridimensionales, designando fonemas impronunciables para el hombre.

Las drogas que le aplicaban eran cada vez más poderosas, y sus delirios cada vez más frenéticos. Von Hausen llegó a pensar, en un supremo momento de confusión o clarividencia, que todo en el universo podría ser un único mensaje perfecto. Creyó que se trataba del mismo mensaje en diferentes idiomas: un mensaje perfecto, el mensaje único de todos los tiempos. Un mensaje tal estaría, de hecho, más allá del tiempo, y por lo tanto debía provenir de Dios. Entonces von Hausen entró en pánico, porque comprendió que —a medida que sus capacidades de decodificación aumentaban— podrían alcanzar el punto de entender este mensaje único, y temió que percibir el pensamiento de Dios sería fulminante: ¿cómo entender la condensación sin fin de todas las ideas en todos los idiomas, simultáneamente?

Desde entonces no quiso mirar a través de la ventana, temeroso de captar en un trozo de nube en el cielo, o en el revolotear de una golondrina, algunas palabras del mensaje divino. Permaneció con los ojos cerrados durante varios días, hasta que no pudo más. Entonces, dispuesto a terminar con tal suplicio, los abrió y se asomó a la ventana. Para su alivio, el cielo era solamente cielo, y las golondrinas, solo golondrinas. Pero esto no fue el fin de su tormento.

Su mente maltratada retenía las tendencias racionalistas de antaño, y se vio movido a encontrar, encerrado en aquella celda, una explicación lógica a su don. Partió de la premisa de que él, Herman von Hausen, tenía la capacidad de comprender todos los mensajes escritos por humanos del pasado. Entonces le asaltó la sospecha de que él no estaba descifrando los textos, sino recordándolos. Y esto significaría que él era el Omega, aquel ente antiguo que —según una antigua doctrina— poseía los recuerdos de todos los humanos anteriores a sí.

Lo encontraron muerto en la celda al día siguiente. Había roto el vidrio de la ventana, cortándose las muñecas. Podría creerse que se inmoló, antes de que los nazis pudieran obligarlo a romper el nuevo código aliado, el navajo, como un último sacrificio para terminar la guerra. Sin embargo, la razón de su suicidio no fue privar a los nazis de sus capacidades de traductor: fue su íntimo temor a la posibilidad de que se descubriese que él era el Omega, y que los nazis usasen su omnisciencia para propósitos aún más temibles que la dominación de Europa. Quitarse la vida era lo mejor que el pobre prodigio —cautivo de Hitler— podía ofrecer al mundo.

Sus temores, sin embargo, eran exagerados. Él no era el Omega. Su don tenía otra naturaleza, evidente en sus traducciones, la cual no me es dado revelar en este momento.

2006

Breve discurso sobre el Omega

a Borges

«eras el amante y el amado»

— George Garrett

El Omega no fue el primer hombre, pero será el último. Es la suma de todas las vidas humanas, desde el inicio del tiempo hasta este preciso momento. Cada verdugo y cada víctima convergen en el Omega; cada padre y cada hijo; las experiencias simultáneas de cada amante en ambos extremos del coito; cada paciente que muere y cada médico que trata de salvarlo; cada emperador y cada súbdito. Esta es la doctrina antigua, cuyo origen nadie conoce, y con la cual casi todos los filósofos concuerdan.

En Oriente, la sabiduría sobre el Omega viene principalmente de la tradición budista, cuyos pensadores consideran al Omega la secuencia entera de todas las reencarnaciones humanas. Conocedores del Tíbet aclaran la diferencia entre el dalái lama (la reencarnación actual de un *bodisatva* específico, que ha retornado múltiples veces movido por la piedad) y el Omega (la suma total de las reencarnaciones de todos los hombres, incluyendo las del dalái lama).

En Occidente, el conocimiento del Omega tiene su raíz en la escuela griega. Sócrates mismo nunca discutía el tema, lamentablemente, diciendo solamente que él no sabía nada sobre el Omega. En contraste con el silencio de su maestro, Platón propuso una idea que directamente contradice la doctrina antigua. Mediante una prueba geométrica, Platón demostró que el Omega necesariamente incluye al primer hombre. De esto se desprende que el primer hombre —siendo parte del Omega— todavía vive.

Estremecido por esta consecuencia, Aristóteles se esforzó por refutar de frente a su maestro, demostrando que el Omega excluye obligatoriamente al primer hombre (a quien Aristóteles llamó el *Alfa*). Mediante una prueba lógica estricta —que hasta el día de hoy se considera un modelo de simplicidad hermosa— Aristóteles demostró que si el Omega incluyese al primer hombre y a la suma de todos los posteriores, entonces el Omega sería el *único* hombre. Esto es un sinsentido, arguyó Aristóteles, ya que evidentemente existen múltiples hombres. Por lo tanto, es imposible que el Omega incluya al primer hombre. (Nótese aquí que otros alumnos platónicos nunca aceptaron esa conclusión de Aristóteles. Estos arguyen que el Omega podría ser el primer hombre —y por ende, el único— si todos nosotros fuésemos reverberaciones o ecos de los recuerdos de una vida única: la del Omega.)

Según Aristóteles, lo más temprano que el Omega puede aparecer es como el *segundo* hombre. Esta última es la posición de Tomás de Aquino: su argumento de que el Omega es el *hijo* del primer hombre lo coloca de lleno en la tradición aristotélica.

Permítasenos aquí detallar la teoría que Aquino da en la *Summa Theologica*, por ser representativa de la perspectiva predominante aún hoy entre los pensadores religiosos de Occidente. Según Génesis, dice Aquino, el Alfa —el primer hombre— es Adán. Pero ni él ni Eva marcan el inicio de la raza humana, enseña Aquino, pues una pareja no constituye aún una raza. Más bien, la raza comienza con el primer hijo: Caín. Desde su nacimiento, Caín tenía la misión de ser el Omega, la suma de todas las siguientes vidas humanas, por siempre.

Aquino, haciendo referencia a la doctrina antigua, indica que Caín —como el Omega— recibía todas las experiencias del segundo hijo de Adán, su hermano Abel. A Caín —especula Aquino— le resultó intolerable el conocer todos los pensamientos de Abel y por eso lo mató. Dios, en su sabiduría infinita, no solo conocía la causa del asesinato, sino que lo había previsto y predicho en profecías anteriores a la Creación. En su Gracia, le concedió a Caín el don de vivir alejado de todos los hombres, sufriendo en silencio la carga de su destino. Abel es presentado en la *Summa Theologica* como un sacrificio consciente de Dios a la raza humana, vehículo a través del cual nos

otorga un espíritu de grupo, que luego Teilhard de Chardin llamaría el *Punto Omega*.

Seguidores de Aquino rechazan la propuesta de que existe un paralelismo entre este sacrificio y el de Jesucristo, quien fue ofrecido como cordero. Indican que el sacrificio del Cristo es de mayor jerarquía, pues sirvió para redimir al Omega, como espíritu colectivo, y a cada uno de sus componentes. Existe cierto precedente de este pensamiento en la obra de Aquino, cuando explica la frase de Jesús «Yo soy el Alfa y el Omega» como una demostración de que Jesús era de una jerarquía celestial superior a la del Omega, porque Jesús incluye al Omega como parte suya.

Existe también el precedente muy anterior de san Agustín, quien arguyó contundentemente en sus *Confesiones* a favor de esta primacía. Jesús, dice Agustín, a diferencia del Omega, incluye en su riqueza espiritual al primer hombre, al Alfa de Aristóteles, al Adán del Génesis. Agustín propuso que el Nazareno —teniendo al Omega como componente invisible— conocía directamente las experiencias de todos los humanos, y le era dado por ello conocer y redimir los pecados de todos sus contemporáneos, y hablar íntimamente a todos sus seguidores.

Pensadores panteístas del siglo diecisiete argumentaron que el Omega es Dios. Spinoza refutó brillantemente este argumento en su *Ética*, demostrando que el Omega no puede ser Dios, puesto que es forzosamente uno de los *atributos* de Dios. El Omega —dice Spinoza— es parte de Dios, pero Dios no es parte del Omega. Resulta interesante comparar la doctrina de Spinoza con la de Aquino en este sentido.

Con la Ilustración, la inquietud sobre el Omega pasó de la teología a la ciencia, a través de Newton, quien exploró las Escrituras obsesivamente. Este utilizaba el argumento de Caín para explicar empíricamente la razón de que el Omega no haya sido visto jamás: Caín vaga por la tierra, rehuyendo la compañía humana, por mandato divino. De ahí, dice Newton, surge la leyenda del Judío Errante. Caín, el Omega, la suma de todos los hombres, está condenado —según Newton— a vivir por siempre para contener en sí mismo las experiencias humanas de todos los seres hasta el final de los tiempos. Newton arguyó que el Omega es por necesidad eterno, al no serle permitido

morir mientras todavía vivan otros seres humanos. Locke refutó el postulado de la inmortalidad del Omega arguyendo que podrá morir cuando no quede ningún otro humano sobre la tierra.

En círculos naturalistas doctos, el Omega es desde hace mucho considerado como un hecho concreto de la naturaleza. Por ello, la conformidad con su existencia era un prerrequisito de las nuevas teorías científicas de los siglos diecisiete y dieciocho. Incluso en el siglo diecinueve su influencia seguía siendo considerable. Como ejemplo de esto se pueden citar las dificultades que enfrentó Darwin para que su teoría de la selección natural fuese aceptada entre los círculos científicos, hasta que el naturalista encontró una forma de armonizar sus ideas con la existencia del Omega. Mientras que los creacionistas habían salvado ese obstáculo gracias a los escritos de Aquino, los evolucionistas se vieron forzados a propugnar una explicación menos elegante. Darwin optó por definir al Alfa como lo que de primate tiene el hombre, lo que había antes de que el ancestro fuese verdaderamente *humano*. El Omega, luego, es definido por Darwin como la parte humana del hombre, lo que lo define como tal y no como simio. De esto se desprende que la aparición del Omega no fue súbita, sino paulatina y evolutiva.

Las tres vertientes persisten hoy en día: la budista, la tomística y la darwiniana. En el presente, muy pocos hombres cultos niegan la existencia del Omega, aunque jamás lo discuten en público. Solo en ciertos círculos filosóficos se le discute ávidamente, particularmente en dos áreas que se han mostrado propicias para el debate y esquivas para el intelecto.

La primera es sobre la naturaleza de la herencia que cada vida deja al Omega, de lo que cada humano le transmite y comunica. ¿Es solamente el enriquecimiento espiritual, como proponen los budistas? ¿O se incluye también el conocimiento práctico de todas las cosas mundanas y trascendentales que cada vida experimenta, como lo postuló Schopenhauer? Este punto, aunque oscuro, no es trivial: si el Omega posee una sabiduría infinita, tener acceso al Omega concedería un poder ilimitado.

La segunda área de debate es sobre la *humanidad* del Omega. La extensión del carácter humano del Omega ha sido discutida a lo largo de los siglos. Sócrates, según reporta Jenofonte, inquirió al Oráculo sobre la apariencia del

Omega. Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*, lo concibió como un príncipe, rico con el uso de todo el conocimiento adquirido tras experimentar todas las vidas humanas. San Francisco de Asís, sin embargo, predicó que el Omega era un ser sabio y sin avaricia, que debía tener la apariencia de un anciano, viviendo posiblemente como un ermitaño, o un mendigo echado en la puerta de algún templo en Roma.

Algunos agnósticos arguyen que el Omega existe, pero no como un ser humano tangible. Defendiendo esta postura, Hume arguyó que el Omega es solamente concebible como un recuerdo intangible en la infinita memoria de Dios. Kant descreyó esta idea, sugiriendo que el carácter humano del Omega la imposibilita como una opción. Para Freud, el Omega se encuentra, no encerrado en un solo cuerpo, sino cautivo en el subconsciente, distribuido a partes iguales entre todos los seres humanos.

Ampliando a Freud, Jung predicaba entre sus seguidores que, al acceder una persona al conocimiento de la existencia del Omega, la partícula del mismo que existe en esa persona se despierta y se manifiesta en el consciente. Conocer del Omega, enseñaba Jung, es abrirle la puerta; mencionar su nombre es darle vida.

Varios académicos han propuesto, a finales del siglo veinte, que esta idea de Jung no es nueva, pues aparece ya en un antiguo texto místico, llamado *El trueno, mente perfecta*, escrito antes del siglo cuarto y redescubierto en 1945 en una cueva en el Alto Egipto, junto a múltiples evangelios gnósticos. Para el conocedor, la referencia al Omega es obvia en el documento. De gran interés resulta que el texto de Nag Hammadi le atribuye al Omega principalmente el género femenino. La traducción, si bien brusca, del copto al castellano, reza:

> He venido a los que reflexionan sobre mí...
> no seáis ignorantes de mí.
> Porque yo soy la primera y la última.
> Yo soy la honrada y la vituperada.
> Yo soy la ramera y la santa.
> Yo soy la esposa y la virgen.
> Yo soy la madre y la hija...

Yo soy la estéril y la fértil...
Yo soy la novia y el novio...
Yo soy el silencio incomprensible...
Yo soy la mención de mi nombre.

Esto sugiere que los miembros de ciertas sectas primitivas, aquellas que el obispo Ireneo de Lyon denunció en el siglo segundo como «llenas de blasfemia», consideraban al Omega la manifestación femenina de Dios.

2005

Sobre el autor

Nace en Chitré, Panamá, en 1976. Crece en la Heroica Villa de Los Santos, la cual lo designa Hijo Meritorio en 1999. Su principal contribución literaria se da en el género de cuento. Aparece en múltiples antologías de cuento, nacionales e internacionales. Publica cinco colecciones de cuento: *Cuando florece el macano* (Chitré, 1993), *Confesiones en el cautiverio* (Chitré, 1996), *Cierra tus ojos* (Panamá, 2000), *Cenizas de ángel* (Panamá, 2006) y la presente, *Catarsis* (Boston, 2008). Merece el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez 2005. Fue el miembro más joven de las juntas directivas fundadoras del Círculo de Escritores de Azuero (1998) y de la Asociación de Escritores de Panamá (2004).

Es ingeniero electromecánico, egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá. Actualmente cursa un doctorado en estrategia logística en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, del cual obtiene en 2004 una maestría en logística. Recibe las becas IFARHU (1997), Fulbright (2003), Barsa (2003), SENACYT (2005) y UPS Doctoral Fellowship (2008). Librepensador, pacifista. Miembro de Mensa, ISPE y Triple Nine. Aficionado a la literatura, la pintura, el ajedrez, la música clásica, la arqueo-astronomía, y el idioma esperanto.

2008

Índice

quenta minya

La profecía 2
Amigos 3
La máscara de diablico 5
Un segundo 6
El tradebario 8
La presa 10
La flor de la adelfa 12
El Circo 13
El hallazgo 16
Epifanía 19
Riesgo 20

quenta nossë

Maldad 22
El día de las moscas 29
La piedra mágica de Juancito 34
Inspiración 42
La medalla 50

quenta estel

El buen profeta 53
La paradoja 54
Ensayo y error 57
Parábola de la mesa del rey 59
La creación de Adán 61

quenta minasurië

De cómo el capítulo XVII no fue el último 65
Es mi vida 67
Res una sumus 71
Papel y tinta 73
Inocencia 75

quenta ósanwë

El peón 78
El eclipse 95
El traductor alemán 108
Breve discurso sobre el Omega 115
Sobre el autor 121